

MIRADAS CRUZADAS



JOSÉ RODRÍGUEZ CASTRO



José Rodríguez Castro

Miradas Cruzadas



Relatos

C O L E C C I Ó N

MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

Narrativa y Estudios Literarios

Guillermo Narváez Osorio
Rector

José Rodríguez Castro

Miradas Cruzadas



Relatos



**UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO**

Primera edición, 2025

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Colonia Magisterial, C.P. 86040
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de “revisión abierta” por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad del autor.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Diseño editorial y portada: Miguel de la Cruz Alejo
Pinturas y dibujos: José Rodríguez Castro

ISBN: 978-607-606-714-7

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

Soy un convencido de que la cultura estimula y provoca el diálogo crítico, tolerante, respetuoso de la diversidad y las libertades; además de ser un impulso a la solidaridad, el altruismo, la colaboración, la ayuda mutua y la reciprocidad.

Guillermo Narváez Osorio

La ausencia de futuro. Todo lo que vivimos es presente, cada paso que dan los personajes se cierra en sí mismo, sin promesa de alcanzar algún punto, como si el tiempo se hubiera vuelto del revés. El pasado es algo quieto que influye en el presente, pero no va más allá. El presente permanece quieto, intemporal, pétreo.

William Faulkner (1897-1962))

ÍNDICE

Presentación	13
Atraer el tiempo hacia la mirada	17
El dominio de las sombras	35
El tiempo pasa y se detiene	59
Las predicciones apocalípticas	79
Algo de ti debió haber quedado allá	91

PRESENTACIÓN

En esta reunión de relatos, producto de una visión sugerente y de la selección paciente, cuidadosa; así como una atractiva narrativa que le pone un tono diferente a la antigüedad de una ciudad, José Rodríguez Castro nos entrega un escenario de acontecimientos del tiempo remoto, como quien dice, una distancia histórica inconcebible.

Al repasar esta semblanza antigua, casi hilachos de una época a punto de convertirse en polvo, adivinamos la oportunidad de oro con la cual el hombre y cámara congelaron un tiempo y una realidad en la vida en Villahermosa. (de una ciudad) Su historia y fantasía, ilusoria. Tal vez semejante a la provincia engañada que se inicia en la vida galante, sin saber adónde va, igual a esas plácidas calles del centro, estrechas y curvadas.

Es fácil de advertir y descubrir que una imagen rebasa lo substantivo de la crónica, esta va más allá de las múltiples interpretaciones de una sola de estas imágenes. Ambas cosas, con elegancia y dirección, se conjugan y se estrechan, para conducirnos al rescate del tiempo perdido, cuál moderno Marcel Proust. La diferencia está en lo humano, no en el estilo, pues en esta búsqueda, nosotros somos la

aventura: el autor vía la nostalgia, nos atrapa en su propio momento mágico, nutrido de un sentimiento trascendente. De este modo tiene a la mano un pozo de recuerdos, lo suficientemente atractivo para no olvidar aquella época, que se antoja un sueño ya soñado, sobre todo para quienes no tuvieron la experiencia ni fueron testigos de una vida así.

Esto pudo ser historia de lo que asomos ahora: la mirada contemplativa de una porción de vida, vida que aun en desgracia – no equivocó el cuerpo para entrar a la historia. Los hechos que generaron estas imágenes se dieron como algo natural y no como tragedia. Aquí y no ahora, sino ayer – que es un decir – el común denominador participa, se involucra como personaje protagónico: uno no puede ser el niño del pueblo con el agua hasta el cuello en tiempo de inundaciones, o el joven de torso desnudo como prolongación del remo, o el galán de vestimenta almidonada, palomo de pies a cabeza, acompañado de elegantes y bellas mujeres, paseando en cayuco por las céntricas calles de la ciudad, tomando las desgracias de tanta agua como un chiste de la naturaleza. ¿Qué personaje de estos pudo imaginar acaso que otro tiempo llegaría a repetir la imagen en un libro de rescate sentimental?

En rigor, esta obra no registra un tiempo histórico, más bien crea y recrea un medio ambiente. He aquí la capacidad de memoria, sin la cual los pueblos serían cuerpos vacíos de historia. Inclusive, cuando por asociación de sentimientos, recibimos el golpe de la pedrada del sol, la canícula se nos echa encima con toda su presencia de aire caliente,

como quien vive a las puertas del horno, a tal grado que, si usted escupe, el salivazo no llegará al suelo. En un ambiente así, húmedo, con el cuerpo resbaloso de día y de noche, uno se siente en el centro de la vorágine, atado, perseguido por nubes de mosquitos chupasangre, o mordido por la temible nauyaca, viviendo, el infierno de la selva.

En esta obra la nostalgia cobra apogeo cuando vemos vestimentas vaporosas y actitudes en una época de dulce romanticismo, trato humano, suave y delicado, serenatas a la luz de la luna y penetrantes aromas silvestres. Precisamente, cuando está en vías de sembrar su cauce, los mismos ríos que hombres, parece el mediodía de la creación, merced a la mágica narrativa de José Rodríguez Castro, que no deja escapar el mínimo detalle. Aquí se opera un cambio feliz: del periodista que es, se revela escritor, con una prosa vibrante, plena de olor y color, convincente, comprometida como la poesía con la belleza.

Posada sobre estos relatos, cualquier mirada se llenaría de rencor, porque a través de las imágenes se llega a la reflexión de que los escenarios fueron montados en una entidad mayormente de agua, con algunas manchas de tierra firme. Un lugar para que a Macondo se le nublen los ojos. Una isla entre otra isla de soledad, tierra sin comunicación ni domicilio, apartada y ajena al resto del mundo, viviendo a remiendos de esperanza, con la sonrisa a pesar de todo, como quien con alegría celebra la suerte de vivir en un lugar farragoso.

Pepe Tiquet, Ciudad de México, Ciudad Satélite, 1999.

1

ATRAER EL TIEMPO HACIA LA MIRADA

Poco a poco, se puede ver, desde la distancia, el muelle a orillas del río Grijalva que, a partir de tiempos inmemoriales, quizás por pura fantasía, fue entonces cuando se construyó con ingeniería y sabiduría doméstica. Conforme el ojo se acerca, este observa el pequeño malecón y la blanca silueta del minúsculo monumento a la madre, imaginario y efímero. Mientras allá arriba, mucho más arriba, el cielo, al caer la tarde y el pintarrajeado crepúsculo, oculto entre grandes y espesos nubarrones plumizos, oscuros y sombreados, predicen una tempestad. Entre la condensada atmósfera y sombría, se pueden ver figuras en contra luz de hombres, casi todos vestidos de blanco y sombreros de paja, fumando cigarros, en amena charla o, algunos, cargando, encima de las espaldas, racimos de plátano. Mucho más lejos, brumosos, se ven cayucos, lanchas y barcos de vapor, varados en las márgenes del río. Mientras que fuertes rachas de aire atraen el nutrido murmullo de voces,

mosquitos y abejas. Deteniendo la mirada hacia cualquier punto atractivo, se pueden ver perros escuálidos que van de un lado a otro, husmeando y tratando de comer desperdicios de frutas podridas, pescado, carne y otros desechos.

La nauseabunda pestilencia flota en la atmósfera que se respira, mientras que, por las aguas, se observan sombras moviéndose como fantasmas, entre ellas, jalando a lanchones, barcas y transbordadores que avanzan de aquí para allá, lejos, hacia arriba y hacia abajo del río. Unos van y otros vienen y se acercan a las márgenes del río, entre el lodo y arena. Por la reciente sequía han bajado las aguas del río y el lodo corren perezosamente, negándose a desembocar al mar. Arriba, por las orillas, se pueden ver a los carboneros, en estado de éxtasis, cansados, fumando y bebiendo aguardiente, todos indiferentes, permanecen sentados encima de tongas de leña y carbón. Quizás cansado por ver siempre lo mismo desde que tienen memoria. Mientras la vida se mueve a su antojo por las corrientes del viento y que se silba hacia distintas direcciones, dejando en los oídos un sordo silencio. El bochorno desconcierta la mente y desvirtúa las ideas. Las grandes nubes se desmenuzan en el cielo sombrío y por los lienzos de colores leonados, le dan una gran dimensión de eventos impredecibles a los sucesos que ocurrirán día con día en la orilla del río y entre los encuentros de personas. Entre ellas, mujeres, hombres y niños, algunos de pie y otros sentados en los escalones y las bancas ordinarias de cemento, ubicadas en el minúsculo malecón. Tal vez alguien, algún curioso, meditando

el antiguo escenario, pudiera predecir que a partir de los extraños extranjeros que descendieron aquí por barcos de mundos ignorados y orígenes sin registro y atravesando el muelle, fue entonces cuando se originó, tal vez, todo lo descomunal que hasta estos días aún sucede en esta tierra. Un misterio en la vida de esta ciudad. Los indomables e irracionales sentimientos. El firme carácter templado, creativo, soñador, curioso y fantasioso, a su vez, en el mismo comportamiento en la vida sentimental y amorosa de cada uno de los habitantes de esta ciudad.

Para cualquiera, le resulta inexplicable, que después de haber corrido tanto tiempo, nadie haya logrado pensar o imaginar cómo esta ciudad se fue construyendo, cuando tal vez, racional y simplemente, por la necesidad de no haber más otra tierra que esta tierra más cerca del mundo. Por principio, por necesidad y la pura ocurrencia y la urgencia de vivir como todo ser humano desea vivir en el paraíso terrenal. No habiendo más que un sinuoso paraíso selvático y anegado, porque toda parece estar lejos de la imaginación y sabiduría del arte urbano y la modernidad. Una concepción aldeana y rústica que ha prevalecido más allá de su historia. A pesar de tantos siglos, para sorpresa de muchos, aún conserva su identidad original en cada calle o avenida, de aquellos días que, por un extraño prodigio, nunca se ha borrado de las arruinadas paredes a pesar de su aparente urbanización modernizada. Asegurando, algunos pueblerinos profetas, que además puede prevalecer por siempre en la añoranza y en la memoria de los ro-

mánticos, incluso, perpetuándose más allá de los tiempos científicos incalculables.

Para que no haya ninguna duda que aquí se inició, desde hace muchas décadas, todo lo que existe en esta tierra nada parece tener explicación. Por tal motivo hay que tener que aceptar toda clase de predicciones. Porque alguna de ellas, podría poner en claro tantas dudas oscuras y tendenciosas. Aun cuando los ingeniosos historiadores se vean obligados a explicar textualmente cada hecho y acontecimientos ocurridos con datos y hechos confiables y darle sentido de realidad a las desavenencias. Que expliquen y satisfagan a todo de que esta ciudad, más allá de tantas y tantas reflexiones científicas y mitológicas, a pesar de sus recurrentes modificaciones urbanas y modernizadoras, nunca dejará de ser la misma que proviene desde sus orígenes. Que, por estar a la orilla de un río, más allá de todos los siglos, no dejará de sufrir eternamente los torrenciales aguaceros y las bíblicas y grandes inundaciones, exponiendo al hombre a vivir como desde un principio, nadar en el agua y caminar la tierra con los pies desnudos.

Pero más allá de lo incógnito, después de tantos siglos, hay quienes, recurriendo al ingenio de la simpleza, suponen que esta ciudad fue producto de un artificio prodigioso, o quizás, incluso, por algunos sueños y la voluntad de Dios. Porque todo aquello que se ve, se vive, se observa, se disfruta, parece provenir de un acto generoso y providencial. Nada parece casual. Puesto que una ciudad sumergi-

da entre la selva, ríos, arroyos, lagunas y mares, diluvios, charcos de lodo, temperaturas de infierno, no se explica cómo fue posible que emergiera y se construyera una ciudad de tal concepción urbana común y condescendiente con sus habitantes. Tal vez por la urgente necesidad de sobrevivencia, construir, como se pudo, casas de madera y palma, una iglesia para confesar los pecados y una minúscula Plaza, para que cualquier desorientado, reflexionara, sentado bajo la sombra de un árbol y viendo la luz desvaneciéndose entre puertas y ventanas, pudiera interrogarse qué es eso que llaman el misterio del mundo y que hizo posible que yo viviera en esta tierra tan lejos del mundo. Teniendo presente este suceso de aceptable reflexión, aún ni el más ingenioso de los hombres, hasta el día de hoy, no ha podido explicarse cómo fue posible, a pesar de los siglos, sobreviviera en esta tierra del eterno olvido.

Se puede confirmar el antiquísimo aspecto urbano cuando se observa y se le pone atención a un personaje con gesto y la expresión de sus dudas y otras tantas cavilaciones, va recorriendo una calle en pleno sol. Principalmente, a las horas infernales del mediodía, cuando el Diablo anda suelto. De acuerdo a su conducta, no parece tener idea hacia dónde se dirige. Finalmente, se le ve, jadeante, subiendo a un tranvía. Más adelante desciende y recorre los mercados y se pasea por la plaza. Se sienta en una banca, bajo la sombra de un árbol, y se vaporiza. Luego, se pone de pie. Se encamina y se reúne entre tantos otros en una manifestación social y que, gracias a un extraño y anónimo

fotógrafo, en un solo instante, en un repentino parpadeo, lo captó con su cámara fotográfica, perpetuándolo eternamente. Estampándolo, por siempre, como un arte mágico y acto de hechicería. Ilustrando en postal cada uno de los detalles por muy ínfimos que fueran. Sin degradar absolutamente nada de su identidad original y rústica. Muchas de estas impresiones, entre la ceniza, el comején, las cucarachas y la polilla, para sorpresa de muchos, si consiguieran obtener en sus manos y frente a sus ojos esta imagen, les revelarían una ciudad irreal, imaginaria, bañada de luz y sombra y con una misteriosa niebla de sueños. Algunas imágenes rubricadas en color sepia y con frases escritas de puño y letra “para que no me olvides”.

Otras, seguramente, permanecerán en álbumes manchados y cubiertos de pelusa, ahí donde el tiempo con sus luces y sombras, no dejarán de sacudirse con el deseo de escapar y quejarse de su angustiada soledad. Y una que otra, para asombro de algunos, aun conservando su energía cósmica e intemporal. Que, por nostalgia, añoranza o por recordar un gran amor, son resguardadas en cajitas de cristal para preservar su espíritu artificial. A veces, otras, adheridas en el álbum familiar que nunca fueron enviadas, principalmente por aquellos que aún continúan creyendo que, en estas pálidas postales, pueden existir indicios y huellas de la creación del mundo y su influencia en la tierra del eterno olvido. Pero, por desgracia, permanecen calladas sin poder transmitir siquiera un efluvio de inconformidad. Y aún, cuando la curiosidad pudiera ser mucha, nadie

hallará ni descubrirá, el método científico para restituirle su original animación y, mucho menos, restablecer la luminosidad de aquellos sagrados tiempos.

A pesar de no poder descifrar los misterios sobre la vida anterior y antigua, estas imágenes siempre serán eternas para atraer los vivos recuerdos y las nostalgias de aquel primer amor. Todas las emociones y sentimientos que nunca, más tarde, otro, no les hizo sentir. Sin embargo, en cada instantánea, lo apuntado en ella y narrado, siempre serán objeto para intentar adivinar los misterios del pasado. A pesar, de que se debe tener un poco valor y un poco de paciencia, para poder observar y adivinar el verdadero significado de la antigüedad y de aquellos tiempos entre la claridad y el deslizamiento de las sombras. No como historia, un relato o una crónica, o por la ciencia de la información sobre el primer hombre que pisó esta tierra, sino, recurriendo a la imaginación, creación y fantasía, cruzar la mirada más allá del tiempo, y por el simple gusto de entretener la mente y llenarse de tantas ideas sueltas y verse nuevamente recorriendo la plaza con Ella, tomados de la mano.

A menudo, quizás, distrayendo la mirada y con el acertijo de la mente se puede llegar a pensar cómo los pálidos y ocres colores recrearon la materialidad y la plasmaron vivamente en una fotografía. Igualmente, con la observación y la mirada, describir cada aspecto de la naturaleza y la realidad. La luz y las sombras. Toda la composición del

cielo con sus tantos aspectos, a veces, indescritibles. Al mismo Hombre, desde su origen, construyendo desde las aguas, ríos y pantanos una aldea, un pueblo y que, con los siglos, la hizo llamar ciudad. Cómo la magia de la cámara fotográfica pudo, con el tiempo, producir una lágrima y hacer sentir un palpito en el corazón. Incluso, presintiéndose, años, días y épocas difíciles que vivió el escritor, para poder narrar y describir al interesado, los temas y sucesos merecedores de platicar, describirlos en un libro de memoria, dibujarla en un lienzo o, por último, en un diario de confesión personal. Considerando, que aún consciente de ello, por la magnitud y el significado del tiempo y sus acontecimientos materializados para la mirada, la memoria y las enciclopedias, nunca jamás será palpado, más que por la mente y la imaginación. Por el arte. La fantasía y creatividad de ingeniosos escritores, prosistas, pintores y escultores. Aun así, sin embargo, la mente y la mirada, pasando por alto todo lo anterior, pueden captar a los personajes que van de aquí para allá estampados en aquel escenario urbano monocromático, intentando poder regresar a aquel tiempo, sentir aquel intenso calor y la insaciable sed por tomar un trago de cerveza o un vaso de alcohol. Si así fuera, podemos saber que solo la mente y la imaginación pueden captarlo todo. Sucesos inadvertidos que si se recurre a la imaginaria recreación literaria se pueden atraer sucesos reveladores de las últimas horas de las últimas madrugadas. Hasta la posibilidad de verse el rostro en el espejo durante la modorra al despertar y descubrir que ya no somos los mismos, sino otros, otros desconocidos.

La narrativa y la imaginación pueden retornar fantasiadamente hacia los pasajes más ocultos y muchos acontecimientos desmemoriados. Tal vez, hasta, revelando, para sorpresa de cualquiera, aquellas remotas bellas épocas, como si fuera un acto excesivo de trucos y no por los recursos inimaginables de la recreación literaria. Averiguar los verdaderos misterios de la avocación y causas de la melancolía. Advertir los agitados desahogos y gemidos. Oír en el pecho los latidos del corazón. Los motivos de la zozobra y las causas de la opresiva soledad. La imaginativa virtud para observar la indigente vagancia andando por las calles, plazas, parques y salones del olvido, rastreando una cariñosa y consoladora caricia y, aunque fuera, una simulada y mentirosa promesa de amor. Toparse, por su cualidad especulativa, con aquellos momentos que aún no dejan de rondar en la mente como niños huérfanos, suplicando un hombro de una persona para reposar el rostro y dormir como se dormía en los brazos de la madre ausente de su padre. Cruzar la mirada y desde cualquier esquina, encandilada por los destellos del sol, allá lejos, poder ver y, hasta, escuchar el grito proveniente de no se sabe dónde de que, ¿qué haces? ¿Dónde andas? ¡Te estoy esperando! ¡Apúrate! Mirando a las personas y escuchando el vocerío por todas las calles, barrios, callejones, plazas y parques. Y, si es posible, con mayor atención, mirar la refulgencia de la hora y, poder ver, sentado en una banca del parque, bajo la sombra de un gran árbol a un hombre y una mujer

joven, alucinando con la emanación de las últimas horas del atardecer. Un suceso repentino que, por fortuna, que por ahí cruza el anónimo fotógrafo errante, advierte la escena, y con el golpe del ojo de la cámara fotográfica capta este espejismo, como si fuera un raro espectro el estado abstracción de la pareja y por su postura, se imaginan la supuesta realidad.

*

El Tiempo y su telaraña que teje y desteje a su antojo para falsificar la realidad.

*

A veces, a la hora de la pereza y la mente aturdida, se puede escuchar el por el insólito silencio y el vacío, cómo caen las hojas secas y que, mágicamente, poco a poco, van tapizando el mosaico de la Plaza. En ese mismo instante, sobre la baldosa, los reflejos del sol, para sorpresa de la vista, con los añicos, ilustran paisajes coloreados y sobrenaturales. Pero a pesar del atrayente mural sobre los ladrillos, sin explicación, una fuerte racha de aire sopla en el rostro del curioso y este cree que el efecto repentino, puede ser la predicción del cercano canicular. La sugerencia de una imprevisible calima que a veces produce angustia en el pecho y brazos ardientes en las calles que queman los pies.

La misma holganza de repente produce espejismo y obliga escapar de las sombras y cubrirse bajo las marquesinas y, por razones obvias, permanecer ahí de pie, unos momentos, mientras se diluye un poco la fuerza del sol.

Si este hombre este estado de privación y cegado, cruzara su mirada hacia cualquier parte, vería una ciudad cristalizada y cómo se hace trizas. Un escenario urbano que, a simple vista, no es más que una supuesta realidad. Es una atmósfera vidriosa y astillada. Pero a pesar del desconcierto visual si desvía un poco la mirada, puede recobrar el pulso interno y figonear el erótico zarandeo del cuerpo provocativo de una mujer que camina de prisa, pero, para su asombro, cuando trata de alcanzarla, se evapora por los flamazos rayos del sol.

Después de tanto tiempo y tantos años, esta ciudad de la que se describe aquí, es ahora y será para siempre, una narrativa para cruzar la mirada y preguntarse, ¿en realidad, alguna vez, existió una ciudad con esta composición más allá de la imaginada realidad? ¿Quién pudo describir una realidad – ilusión? Sus horas y días. Sus noches y atardeceres. Los temporales y las inundaciones, que, para la mente, pudo ser producto también una supersticiosa ingenuidad del hombre. Pero si se recuerda el reloj instalado en la torre de un palacio, frente a la Plaza, para desechar cualquier sospecha, echando a andar su imaginación, podrá confirmar que aún preserva, eternamente, en sus manecillas, la hora exacta, exactamente, sí, exactamente, la hora de cada hecho y suceso de aquel tiempo como si aún estuvieran ocurriendo. Hasta podrá recordar con claridad cómo las campanas del Palacio, continúan retumbando y repitiendo, exactamente, las doce del día. Que, por esas horas, aún también, por la misma narración, existe la insólita imagen

de un gran árbol en un camino real, reteniendo, bajo su sombra, a unos solitarios enamorados. Relatando la descripción de la existencia eterna del tiempo.

Con esta advertencia le puede inquietar el relato por no tener la capacidad creativa para revelar el verdadero enigma y significado del eterno olvido. Aun cuando se describe literariamente y con sentido agudo la realidad materializada no se puede reflexionar cómo aquella ciudad que fue tan colorida, hoy, por misteriosas razones, está en ruinas, pero que aún sí, preserva a cada paso, algo de aquello que parecía moderno y novedad y que, al correr el tiempo, se puede pensar, creer o imaginar, que nada de aquello, tal vez, nunca existió.

Agudizando los sentidos se puede alcanzar a escuchar el zumbido y la reverberación del sol. El bisbiseo de las moscas encima del dulce de pan.

A pesar de los cientos de años o más si se quiere imaginar muchos años más, aún puede figurarse la fantasmagoría de las sombras y cómo, a pesar de los tiempos, aún continúan moviéndose de aquí para allá. Y si acaso, hasta podía pensar que aún, esas sombras, se mueven vivas por las plazas y calles y se deslizan temerosas bajo los pies, siguiendo los pasos del hombre quien desea encontrar un algo, una señal, una huella, que les refresque la memoria.

Les traen, en estos momentos, las horas, el lugar y el día, cuando la conoció a Ella. Cuando la conquistó, se enamoraron, y sin saber por qué, de un momento a otro, Ella se fue, y nunca más volvió. Cuando cae la tarde, piensa, el tiempo corre y todo lo que deja atrás, es olvido y unas añoranzas, que, por las mismas prisas, las convierte en cenizas, las sepulta y, la final, se vaporizan en el aire.

Hay sombras que se alargan, se contraen y se detienen. Luego, repentinamente, sin explicación alguna, se deslizan, fragmentan y se abrazan a la luz. Para cualquiera, este suceso recurrente y sorprendente, solo es una imaginaria idea que pasa por la cabeza de alguien que no deja de calcular el tiempo. Las horas también se deprimen al oscurecer la tarde y el sol se va derritiendo entre el pavimento y las paredes. Por la insólita fragmentación, los escasos reflejos se van convirtiendo en añicos y, a su vez, se van regenerando en ilustraciones semejantes a siluetas de personajes en busca de mujeres nocturnas. Mientras que, por ahí, un personaje cabizbajo, va pensando que todo aquello, desde que tiene memoria, nada de esto nunca ha tenido explicación. Acelera el paso y se dejan llevar por el habitual deseo de llegar a casa y, sin decir nada, rendido, se tira a la cama y cae dormido.

Hay quien ha llegado a pensar, que, en aquellos años, la vida transcurría lenta. Sin prisa. Se vivía en pausa como transcurría cada amanecer y cada anochecer. La hora. Cada

instante. La eternidad estaba en la mente y en la imaginación. No había por qué imaginar el tiempo porque estaba calendarizado. Había un acta de nacimiento y una al fallecer. Las fechas grabadas en las cruces y tumbas. Se conversaba con la mirada y ademanes, con discretos gestos y un no sé como respuesta, Mire hacia vivo. Sí, hasta más allá, imagine, usted. Todo estaba tan cerca como para la lejanía si viera con una sola mirada. La distancia no tenía un límite donde usted pudiera pensar que, más allá, en un sitio ignorado, podía encontrar el amor que en esta tierra no existe. Un amor de verdad, no como el que aquí se promete de la boca para afuera. La ciudad, sí, mire, sí, esta es y será siempre nuestra ciudad que no tiene nada de atracción como para, cuando pasen los años, tengamos que añorar.

A menudo, como sucede en otras ciudades y después de tantos años, algunos han tratado de revestirla con ideas novedosas, pero, como ocurre siempre, corriendo los años, no se le borra su antigua dolencia y pereza urbana. Si es que así, la puede imaginar, usted. A veces se cree que es la única ciudad en el mundo donde se alimentan sentimientos enfrentados. Es por el clima. Es natural. Se lleva el fuego por dentro. No es culpa del hombre, sino por la creación por Dios. Tal vez como un modo de entretenimiento como eso de correr falsos rumores y, por supuesto, el chisme. La envidia y los celos. Los resentimientos y los rencores. La vanidad y la ignorancia admitida como inteligencia. Lo recomendable para ignorar estos supuestos porque la na-

turalidad es sabia, amenaza con los repentinos aguaceros que se desploman, como hace siglos y despeja la mente y le crea un mundo diferente. Es entonces cuando caen sobre los tejados de láminas y barro, chorreando por los caedizos y se escucha, mirando hacia el techo, el rumor de los chubascos. Oyendo las silenciosas goteras que se filtran por el tejado, cayendo en las habitaciones. Poner atención a los grandes charcos de agua en los patios. Colocando palanganas por toda la casa para evitar el derrame del agua de lluvia y que humedezcan las sábanas. Durante los grandes aguaceros, en unas cuantas horas, la ciudad se inunda y las casas se van a pique, mientras que las mujeres tienen que subirse las faldas hasta las cinturas, y a veces hasta mostrar su bella pierna, para salir a los patios y gritarles a los vecinos que se cuidaran de las culebras.

Por aquellos días el amor era primitivo y, a la vez, fogoso, impulsivo e inconsciente. Salvaje y feroz. Un amor irracional que, con el tiempo, quizás por leer novelas del siglo XVIII, procedentes de Europa o el cine, fue alimentándose de un misterioso carácter y una pasión indomable. Además. El calor luciferino excitaba todas las apetencias y los deseos de la carne y el alma.

Por el sol, el agobio y la atmósfera, los ojos dolían. Los párpados se hinchaban. Por la misma conflagración se creía poder ver a personajes transitando por las calles como fantasmas que giraban en una esquina y luego, hacia

otra. En esos mismos instantes, doblaban y volvían a regresar. Se iban y se les veía sin saber hacia dónde deseaban regresar. Mientras que algunas mujeres aparecían de pronto, de no se sabe de dónde venían, luciendo largos cabellos que se le deslizaban sobre sus provocativos hombros blancos y descubiertos. Tocado a la moda. Trenzas recogidas y provocando con sus cuerpos eróticos y seductores, tal vez, sin que ellas mismas tuvieran conciencia de que su encanto excitara tanta intención. Lucían, probablemente, como para dejar testimonio del tiempo, los años y aquella época, vestidos coloridos y encajes tejidos por ancianas de la bella estación. Esculturas griegas femeninas con pulcritud de santidad. Algunas de ellas con ojos negros azabaches, aceitunados como de aceituna y pardos. Otras, rubias con cuerpo esculpido y con apellidos extranjeros. Otras diferentes, criollas bellamente modeladas por la naturaleza y nativas que, a simple vista, eran primitivas, pero con una belleza sobrenatural. Dirigiendo miradas tímidas, insinuantes y, a veces, evasivas. Mostraban sus sonrisas y labios carnosos como frutas tiernas a punto de reventar. El almíbar de la insinuación en sus labios. En cualquier paseo y a cualquier hora del día o la tarde, se podía topar uno con mujeres que meneaban su cuerpo al caminar, de tal manera y rítmicamente al caminar, como si fueran escuchando un extraño ritmo, una melodía o baile popular.

Durante el mediodía, el sol se desplomaba y caía sobre el pavimento de acero y polvo. Si en estos momentos diri-

gía la mirada hacia las viviendas populares, podía descubrir algunas mujeres curiosas, como indagando algo, sin saber qué, espiaban, tras las rendijas de las puertas y ventanas, hacia las calles y plazas para saber qué ocurría, allá afuera. Quién era la joven mujer que un hombre, con traje de lino y sombrero Panamá y pelo cano, la llevaba del brazo. Por qué, en la esquina, dos mujeres acaloradamente discutían, mientras dos niños a su lado, chupaban dulces. Los perros durmiendo bajo las sombras de las marquesinas. Mientras que la curiosa mujer al dirigir la mirada al cielo, solo podía imaginar la ciudad y su antiguo caserío. La misma que tenía en la memoria desde niña. No dejaba de tener encima el cielo raso con nubes que soplaban el viento hacia el norte. Algunos pájaros que se ocultaban tras los techos lejanos. El último crepúsculo de artificio, dejando algunos indicios de entusiasmo. Un poco más tarde, aparecían de pronto, nubes negras y grises y a veces muy blancas como de antiguas escenas filmicas blancas, que, en su conjunto, reproducían imágenes de ángeles y míticos paisajes. Algunas, por su extrañeza, daban la impresión que aún se venía conformando el mundo, frente a los absortos ojos y abajo los pies desnudos, sentir la realidad de la tierra.

Un fenómeno inenarrable, trastocando la vida. Había que agudizar todos los sentidos para convencerse de que se vivía en este mundo real y no imaginario. En otro, el de los sueños. En este mundo tan real como cuando se golpea la pared con el puño y sangra la mano. Aceptar y ser parte de la composición atmosférica y fundirse entre

los aromas que despiden los follajes de diversos árboles floridos y, de otros, sin tener que curiosear la especie de donde procedían. Ya encandilado y en silencio, sumido en un vacío profundo y absoluto, entretener la mente y cavilar sobre el origen y la creación de este mundo. Porque sintiendo lo que siente, mirando lo que observa, desde el cielo, las nubes, el sol, las aves, el viento, los ruidos, todo aquello que se mueve y transforma a simple vista, no dejará de parecerle ser una obra de la imaginación y no creación universal de un ser superior.



2

EL DOMINIO DE LAS SOMBRAS

Los silbatazos del barco que venía desde el Puerto de Frontera, la puerta por donde entraron los que, como seres provenientes del cielo, traían cargando novedades que, no se sabe cómo, le dieron otro sentido a la antigua y enlutada nostalgia. Por el acontecimiento que llegó acompañado por personajes ilustrados, empresarios, músicos y poetas, y por tantas otras especies y calaña, la ciudad no dejó atrás el tiempo que conservaba sin cambio su virtualidad misteriosa.

Dirigiendo la mirada se observaba un día cuajado por el sol. Más arriba, el cielo y grandes nubarrones a punto de reventar en un gran aguacero. Desde el horizonte se podía imaginar una ciudad sumida dentro de un sofocante resplandor. La espesa luz opalina de esas horas la convertía en un escenario apocalíptico, no se sabe si por el bochor-

no, el insomnio o por el abatimiento.

El hecho, reproducía un mundo que aún se estaba conformando, entre la selva, tormentas, cielo, tierra y agua, dolor y alegría, voces lejanas, vientos y gritos de, ¿Qué está pasando?

Las aguas del río transcurrían, en ocasiones sosegadas, y en otras, con fuerza torrencial hacia el mar, originando agitación y vértigo. A veces, la fluidez vertiginosa, transmitía un sentimiento y el deseo de saltar, nadar y escapar del mundo. Entonces, la nostalgia no daba señal de su poderosa razón, sino corriendo los años, fue hasta que mostró el verdadero motivo de ser lo que era y que seguirá siendo por todos los tiempos.

El clima se agitaba desde la distancia y la mente se estremecía entre contradictorios escenarios y períodos diferentes. Quienes esperaban en el muelle, con la vista atenta hacia el último recodo, permanecían impacientes. Daban pasos cansados de un lado hacia otro, fumando, secándose el cuello con pañuelos. Interrogándose sobre, qué hora son, y no aparece. Finalmente, la vista alcanzaba a divisar, parado desde el muelle, una sombra muy grande e indefinible en el último recodo y, esta, lanzaba grandes bocanadas de humo negro, muy negro, que, por el fuerte viento, dejaba atrás una larga cola de nubes. La atmosfera se agitaba entre una niebla gris y violácea. De pronto, un inespera-

do frescor acariciaba el rostro. El aire era húmedo, viscoso y pegajoso. El olor limpio de la brisa se mezclaba con la clorofila de las zonas selváticas y el suave aroma del agua. Las orillas del río conservaban una atrayente tranquilidad y, a la vez, una especie de inquietud extraña.

La ciudad con su opresiva atmósfera y contenido pernicioso, distraía, hechizaba y excitaba. Todo aquello ofrecía un paraíso sobrenatural. Un espejismo. Obligando a la imaginación a construir y reconstruir situaciones de la vida que en esos instantes no dejaba de ser un misterio. Volver al pasado y admitir que la mente podía recorrer, en un sólo instante, todas las épocas en unas cuantas horas, desde los más pasados remotos hasta el futuro o volver a los principios de la creación. La nostalgia empezaba a dejar sentir su rara esencia en todo aquello, que años más tarde, sería la causa de las inexplicables emociones que oprimían los pechos, sin saber la razón, de hombres y mujeres de aquellas lejanas épocas.

Al cruzar la mirada, se retorna hacia aquellas imágenes de barcos con nombres de heroicos personajes, estampados en los cascos. Los mismos tripulantes, en un eterno estado de fastidio, agotados y conduciendo aquellas históricas embarcaciones que más tarde serían parte de narraciones increíbles o historias inventadas. Aún, cuando aquello se puede pensar que nunca existió, es posible presentir una musicalidad sorda y ululante proveniente de las

profundidades aguas en su agitada corriente. Las mismas cuatro de la tarde. A esa hora, cuando la ciudad hervía y los chamacos corrían por el desembarcadero para ver con asombro y regocijo cuando se acercaba un barco. El Carmen, el barco, que a duras penas iba atracando. Las aguas turbias y espesas se agitaban. La marea rebotaba contra las orillas. El sol se hacía pedazos de luz con los golpes del oleaje. La ciudad se transformaba por los reflejos de un atardecer púrpura.

Ciudad mágica y mitológica. Ajena a lo terrenal y muy cerca de lo absurdo porque la melancolía engañosa, lo convertía en apariencia y en algo imposible. Trasladándola, a veces, a la idea que provenía del primer siglo cuando nada tenía nombre y todo era señalado con el dedo. Como nada de aquello es comprobable y, si ocurrió, fue solo en la mente de un alucinado. Creador de un mundo que apenas daba indicios de considerarse, lo que fue desde un principio.

El cielo abrumado tenía un color platino con saturaciones azuladas y anaranjadas. Distrayendo la mirada, el viento arrastraba sombras en el cielo y encima del paisaje, de aquí para allá. El mundo giraba bajo los pies sin sentirse. Por su parte, el sol en picada, se reflejaba sobre la ciudad, árboles y las aguas, como una gigantesca lámina de espejos. En el infinito, por el condensado vapor plomizo en el aire, emergía una intensa llamarada de fuego y,

por encima de las cabezas, parvadas de pájaros volaban, dirigiéndose hacia el norte. Se escuchaban truenos lejanos y relámpagos, electrizando y desgarrando los cielos y las nubes.

La ciudad se fragmentaba y se disolvía con el ocaso.

Los barcos de vapor atracaban, provenientes de las turbias aguas y del más allá, de países tan lejanos e imaginarios de la civilización y cultura. Transbordadores jalaban lanchones. Cayucos y quienes los remaban transformaban aquella estacionaria soledad por los colores de aguas terrosas, rancias y por el Jacinto florido. Deshechos de plátano, frutas, verduras y tiraderos de basura, tongas de leña y ladrillos. De una sola mirada se podía ver que aquí prevalecía, desde un principio, la vida y el movimiento de la ciudad. El permanente rencuentro con miradas distraídas, atrevidas, indiferentes, interrogantes y huidizas.

La salida y el retorno de los barcos hacían renacer la esperanza de poder ver algo extraordinario, nunca antes visto. Aunque, después de tantas visitas al muelle y ver el fuliginoso horizonte, parados y de pie, durante todo el tiempo, en los barrancos, sin conseguir descubrir una novedad, aun así, no se perdía la oportunidad de descubrir un hallazgo inesperado. La paciencia y la esperanza no morirían. En el fondo existía la convicción de que el día menos

pensado, cuando nadie lo esperara, ocurriría un suceso extraordinario que modificaría para siempre la vida en la ciudad.

Mientras, las miradas se llenaban de nuevas ilusiones y sueños, se enriquecían con otras imágenes y otras fuentes de inspiración. Pero todo aquello, desafortunadamente, fue ocurriendo poco a poco y nadie pudo percatarse de ello. No por no ver lo que se esperaba ver, sino porque entonces, ya era demasiado tarde. Aun así, los barcos, desde mucho tiempo atrás, nunca dejaron de viajar y traer productos europeos, con los cuales la ciudad se recreaba con originales fantasías. Lo que originó que la antigüedad empezó a mezclarse con otros colores y sabores. Ilusiones ajenas y con hechos para convertirse, con los amores, en recuerdos, otros tintes y diferentes imágenes.

El hecho inusitado, maravillaba a los curiosos y a todos los habitantes de la ciudad. Descubrían novedades de ultramar y, por supuesto, entreteniéndose y divirtiéndose, cuando escuchaban los tantos sucesos que se narraban sobre el viejo mundo y, sobre todo, de la capital del país. El atracadero, como un acto milagroso, cobraba una vitalidad inusitada. La descomunal producción del oro verde en la entidad generaba una explosión social y económica. Toda la gente de la ciudad, como si fuera una celebración, se apostaba para ver qué innovaciones traía aquel barco del mediodía.

En las orillas del río Grijalva se arrebujaaban las aguas y soltaban su profunda emanación de olores descompuestos. Murmullos, chismes, gritos plañideros, pláticas y saludos con las manos en alto entre la multitud. Comentarios discretos y sombras abatidas. Se cruzaban las miradas para descubrirse los unos y los otros. El pequeño muelle, por momentos, entre soles radiantes y calurosos atardeceres, cobraba una vitalidad inusitada. La descomunal producción del oro verde en la entidad generaba riquezas, ambiciones, celos, odios y pasiones desbordadas. Las pasiones secretas y escondidas afloraban. Las miradas se tornaban duras y torvas. Las risas se convertían en expresiones silenciosas y sospechosas.

En aquellos instantes, toda la gente de la ciudad, como si fuera una celebración, cuando atracaba un barco, se apostaba para ver y saber qué noticias traía desde lejanos países. Qué adelantos de la ciencia y la cultura y qué personajes descenderían en el muelle. Los curiosos producían murmullos y gritos. Pláticas y saludos con las manos en alto entre la multitud. Comentarios discretos, rumores y habladurías. Se cruzaban las miradas para distinguirse los unos de los otros. Los vendedores aparecían y se apostaban como si todo aquello fuera más que la llegada de un barco. El sordo zumbido de moscas y las ráfagas de viento se confundían con el ruido generalizado de las bienvenidas. Por todas partes, con canastos en las manos y en la cabeza, los mercaderes errantes vendían gallinas asadas,

garnachas, empanaditas y enchiladas en bandejas sobre tijeras de madera.

La nostalgia y la emoción del tiempo recuerdan aún el ruido del viejo motor del barco que permanece en marcha. El mismo humo que se disipa en la atmosfera, dejando en la brisa finas huellas de su presencia. El olor de la gasolina y el aceite quemado que llega hasta Plaza de Armas y hasta los altos salones del palacio del poder y sus balcones, desde donde se divisaba toda la ciudad y, más allá, el horizonte verde sombrío, ocre y chamuscado. El cielo cenizo. Pájaros de todas las especies y zopilotes, entre nubarrones, volando en círculo, buscando deshechos de animales en descomposición. El firmamento supersticioso abierto y coagulado, hasta donde la mente se confundiera con la nada.

*El vapor crepuscular disolviéndose frente a las últimas miradas
al anochecer.*

Desde la propia imaginación novedosa se podía ver, desde muy arriba, a la ciudad y sus estrechas calles, callejones, bajadas y subidas. Avenidas serpenteadas y viejas casas irregulares. Unas más viejas que otras y algunas, en ruina. Corredores con jarrones de barro y flores. Patios con sus pozos y jardines sin podar. Arboleda floreada, hojas

secas y ramas quebradas. Adentrándose imaginariamente hacia los interiores de antiguas habitaciones, en la penumbra, por la fuerza de la resolana y el contraluz, se podría advertir, los millones de partículas que componían la atmósfera. Al mismo tiempo, respirar el moho y el humo, proveniente de las cocinas.

Por fortuna, la mirada fotográfica, captó la indiscreción absoluta. La luz espesa que se apropiaba de todos los espacios. Las sombras que tenían sus dominios y los fuertes bochornos en el rostro. Los fantasmas del día que se posesionaban de las horas muertas. Las alteraciones sin cálculo matemático parecían ser toda la vida que se asomaba entre los resplandores del sol deslizándose por las calles y banquetas, cayendo como plancha de acero hirviendo sobre los tejados de lámina y tejas de barro francesas. Puertas y ventanas abiertas para que se fueran los malos olores y amenazas de penurias y difamaciones. Habiendo que entrecerrar los ojos para poder distinguir el fenómeno sobrenatural. Previniendo que a cualquier hora del día y o de la noche, pudieran ver vagar a los espíritus, buscando un sitio para descansar sus penas.

El permanente bullicio en el muelle. Los escupitajos que, cuando se quitaban el puro o el cigarro de la boca, rodaban sobre el polvo reseco y la tierra caliente. Teniendo la mirada hacia los viajeros descendiendo de los barcos y que se tomaban de las manos. En tanto que otros, descendiendo, guardaban el equilibrio con los brazos horizonta-

les, como si fueran atravesando las lianas de un moderno trapecio circense. Quienes más se destacan eran aquellos hombres que vestían trajes blancos de lino, corbatas rojas de seda y sombreros de fieltro importado. Sofocados, bostezando y dándose palmaditas en la boca, miraban pasar, por encima de sus cabezas, parvadas de pájaros que se perdían en el pajizo horizonte. Mientras que alguno, observando las espesas nubes, murmuraba, esta noche o antes del amanecer, seguro, por lo que se ve, va a llover.

Pies en tierra, los viajeros estiraban los brazos entumecidos. Les hormigueaba la sangre en el cuerpo al retomar su fuerza vital. Entrecerraban la vista ante el foganazo del sol de abril. La nitidez del día se les figuraba como los primeros efectos de la creación. Los oídos de los viajeros continuaban escuchando el borbotar de las aguas salinas y dulces. En este escenario con firmes matices naturales existía se tenía la certeza de haberse mezclado aquí todos los elementos posibles para la eterna interpretación del tiempo.

*El arte inmaculado y la magia que haría posible y persistir
todas las cosas más allá de todos los tiempos.*

Quedaba descartada la necesaria repercusión y poder escuchar las voces y roces del viento que rebotaba en las ventanas. Sin embargo, años más tarde, el cine con clari-

dad sorprendente, transmitiría para asombro de ingenuos espectadores, la sonoridad de la vida, viva. Todos los sucesos que ocurrirían luego, a partir del muelle y hacia la ciudad, a través del cine, recobró la fuerza y sonoridad de la realidad. Sin que, en la mente de los fantasiosos, deje de seguir echando aquella armonía secreteando a los oídos. La lluvia pertinaz cayendo como dentro de una bóveda cristalina, arrullando el alma y los deseos íntimos y livianos del cuerpo.

En el agitado escenario que ocurría en el muelle, los personajes, incrédulos, permanecían atentos con sus miradas agudas sin presentir la mágica mirada. En cambio, por el puro impulso natural, sin proponérselos, frente a un fotógrafo, se colocaban justamente en el lugar exacto para la postal. Luego, se verían multiplicados en imágenes como por un fascinante encanto misterioso. Otros, sin darse cuenta de este milagroso acto de poder mágico, transitaban por los escalones que descendían del barco hasta el atracadero. Otros más, bajaban y subían hacia malecón y se sentaban en una de las bancas antiguas bancas de cemento y porfirianas. Desde ahí, poniéndose la mano en la frente, por encima de los ojos, se sorprendían y susurraban que habían llegado al lugar más alejado y apartado del mundo, teniendo la impresión que aquí apenas se iniciaban los primeros días de la creación.

Por cierto, en un descuido, alguien se posó frente al río Grijalva y un anónimo fotógrafo lo capturó. Vestía panta-

lón bombacho, cinturón y tirantes, camisa blanca arremangada, sombrero de fieltro ladeado, cautivado y sintiendo, tal vez, los alientos de una extraña y sospechosa soledad. O quizás, pulsando la agitación del silencio y, si haberlo imaginado, quedó eternamente petrificado en esta inoportuna narrativa. Otros, de pie en la cubierta del barco, atentos al ojo de la cámara fotográfica, se arreglaban y posaban para el oportuno fotógrafo. Mostraban sus modernas camisas desabrochadas, sacos doblados entre uno de sus brazos, sombreros de fieltro duro, pantalones, también bombachos de dril y casimires de color azul. Aun sin pestañear, no dejaban de pensar sobre la devoradora realidad que desde el Puerto de Frontera los había venido hechizando, sumiéndolos en un murmullo de extraños remolinos de aguas que vertiginosas corrían hacia el mar con una gran fuerza profunda, sorda y descomunal.

Otros personajes, aún dentro del barco, permanecían acostados en las hamacas indecisos, sintiendo, todavía, en sus cabezas, los golpes del barco con el agua, y el run run del motor. Sus cuerpos continuaban meciéndose por dentro. Se abanicaban el rostro con sombreros blancos y tejidos con palma real. Escuchaban el crujido de la armadura del barco, el rechinido de las maderas, la flotación sobre olas incipientes y en el cuerpo una mayor condensación del calor. No dejaban de flotar. Oían estremecidos los ecos de las voces que provenían más allá del río. Las percibían claras. La brisa se las hacía llegar el rumor a tal grado que suponían que les estaban hablando al oído las personas de aquella otra orilla del río.

En esta ola de aire ardiente y sofocante bajó un escritor extranjero con el rostro encendido, dando la impresión que le fuera a salir sangre de los poros sudorosos. Se balanceaba y pujando lograba saltar y pisar tierra firme. Lanzaba un rugido ahogado y suspiraba hondamente. Su mirada se nutría de un panorama en ciernes. Era un personaje extraño de gran estatura física. Lucía, casimir inglés blanco. Traía el propósito, según comentarios al margen, de conocer los efectos sociales del poder de la iglesia y el político en esta tierra del eterno olvido. La autoridad absoluta de hombre de un solo hombre. Entrevistarse, además, con los grupos políticos en pugna y dar a conocer al mundo todo lo que sucedida dentro de un paisaje intrincado que lo describiría novedosamente en su libro *El Poder y la Gloria*. Con su mirada sorprendida observaba una embriagadora ciudad que más bien parecía una alucinación: el trópico con sus vivos ingredientes agresivos. La ciudad de los espejismos, el maleficio, la seducción y la embriaguez; con su inflexible ferocidad y hechizo, abrazándolo todo con una agria dulzura de encantamiento.

En aquellos tiempos, como de un arca antediluviana, continuaban descendiendo comunes y extraños personajes. En tanto que la luz del sol que a pesar cada vez era menos agresiva aún se extendía en tinieblas suaves, largas y plomizas, deformando todo lo material. Lejos, se distinguía el caserío como un espectro que cada vez más se extendía. Los fulgores del crepúsculo se ocultaban sin que, a nadie, como en otros tiempos, les causara melancolía o les llamara su atención. Las muchas sombras y matices man-

chaban los jardines y techados dejaron de existir para los curiosos escritores. En estas imprevistas premoniciones, descendían del barco coristas y tenores. Un violinista con sombrero de copa negro y un director de orquesta. A quienes los interrogaban les respondían que venían a una magna presentación en el Teatro Merino, pues eran invitados especiales del gobernador.

Por cierto, un desconcertado e inadvertido poeta criollo, se abría paso con dificultad entre la gente, trayendo bajo los brazos, tongas de libros, periódicos y revistas. La ilustración más actualizada de la capital. Hojas pautadas de composiciones musicales en la ciudad aún desconocidas y que habría de traducir magistralmente don Guillermo Eskildsen, quien tenía una agencia musical en una de las calles principales. Más tarde se estrenarían, orgullosamente, las nuevas melodías, en cualquier acto de distinción oficial.

Las mujeres lucían vestidos de fino percal, faldas largas de algodón estampadas y se cubrían del inclemente sol con sombrillas que tenían franjas de colores. Sus perfumes despedían olores dulces y agrios. Sus afeites se mezclaban con el calor. Presumían orgullosas sus medias caladas y zapatillas de charol con tacón militar y abanicos chinos con extraños grabados orientales. La fragancia del jabón Reuters se les mezclaba con el agrio sudor. Figuras femeninas esbeltas, delgadas, con gracejos de discreción provinciana y una orgullosa postura de estética esplendorosa. Dirigiendo miradas avispadas y atrevidas. Miradas que tenían la

claridad del sol tierno de las tradicionales mañanas Mujeres de pieles blancas y morenas con sus mejillas encendidas y con labios rojos y provocativos.

Algunos curiosos, ondeando pañuelos entre los dedos, resoplaban el aire hirviente. Se escuchaban voces perdidas. Algunas audibles, otras secretas y apagadas, susurros que se deslizaban a través de los oídos entre las parejas. Los saludos, los abrazos fuertes y prolongados. Sombrillas de colores, negras y sombreros blancos se mezclaban entre la multitud. Apretones de manos. presentir venir, ronroneos, trajines, revoloteando y ahogándose con el aire apretado. Personas que bajaban y subían al barco. Gente del pueblo que llegaban a descubrir nuevos rostros, repasando escenarios en laberíntica representación. Se quebrantaban las horas del silencio. Se producía un escenario festivo y el muelle caía en un estado de abatimiento y fastidio. Las maletas eran bajadas por los alijadores. El barco traía cargamento de productos importados: vinos, quesos holandeses, galletas, seda cruda, telas de algodón y percal, camisas de céfiro inglés, lino, gabardinas de las más finas, jamones de España y coñac.

Para sorpresa de los espectadores, frente a sus ojos, bajaban vehículos de reciente fabricación. Venían encima de un gran lanchón remolcado por otro barco de vapor. Los propietarios de los carros aguardaban impacientes limpiándose el sudor del rostro y el cuello, una y otra vez, con pañuelos de firmes colores. Uno era de mediana estatura,

obeso, jadeaba, levantaba el rostro, cerraba un ojo y miraba el cielo y sus reflejos. Respiraba con la boca abierta. El otro era alto, delgado y llevaba lentes redondos sobre una nariz aguileña, sus pupilas se crispaban por la intensa luz. Vestirán ropas ordinarias.

Dos mujeres, muy jóvenes, con labios fuertemente pintados de rojo, acompañaban a los dos personajes mencionados y reían con jovialidad distinguida. La primera, era morena y lucía una figura delgada, cabellos largos y negros. Lucía un ancho vestido y con dobleces. La segunda, tenía una característica muy común y ordinaria. Lucía una ligera blusa con flores rojas y bordada a mano que se ajustaba transparentemente a su cuerpo. Mostraba un lunar pintado cerca de sus labios. El cerquillo le daba a su rostro un aspecto de muñeca. Su falda también era de tablones y color verde pasto. Las escasas ráfagas de aire desviaban sus miradas y veían al fotógrafo buscando el ángulo preciso.

Los anónimos curiosos alcanzaban a captar con la mirada las barcas que se cargaban con plátano Roatán. Mientras los estibadores con sombreros de palma criolla y gorras de marineros vagabundos, lucían sus torsos desnudos curtidos por el sol. Algunos llevaban camisas de mezclilla descoloridas y con grandes manchas negras. Otros, con camisetas blancas. Posaban frente al fotógrafo y en ese instante se convertían en una postal que, para aquellos que no vivieron aquella época imaginaria, la conserva y, piensan, qué vida de fantasía. En la orilla de río había

montones y tiraderos de hojas y tallos pútridos de plátano. En las aguas revueltas flotaban desperdicios y deshechos de comida y, por el fango, olían putrefactas.

Agentes de las compañías extranjeras seleccionaban minuciosamente la calidad del producto de acuerdo a las exigencias del mercado internacional. Gente de la aduana, con un cuaderno en la mano, anotaban cada una de las cargas. Eran muchos los desechos. Gente de escasos recursos los recogían en morrales, canastos y en cajas de cartón, solucionando con ello varios días de alimentación. Los plátanos verdes los sancochaban con sal y los machacaban, haciendo tortas, de cada una de las rebanadas. Los muy maduros los asaban o los freían en tiras largas y anchas.

El sol se desangraba.

El horizonte y los tejados se teñían de colores y jirones con múltiples tonalidades y fragmentos sombríos y el cielo cerraba los espejos de las últimas horas del día. Los viajeros y espectadores se dispersaban. Algunos, que eran esperados por sus familiares y amigos, cargaban sus equipajes y se subían a un antiguo automóvil negro y se dirigían hacia una calle del centro, atravesando los portales y el mercado. El único taxi de la ciudad se llevaba a uno o tres viajeros y en, segundos, regresaba por otros. El escritor inglés, llevando en la mano un maletín negro estropeado, un

libro y un periódico bajo el brazo, sombrero fino y gris, se encaminaba con grandes pasos hacia el Gran Hotel Palacio donde se hospedaría el tiempo que durara su estancia en la ciudad.

Este, durante su estancia, habría de enfrentarse a las alucinaciones que provocaban el excesivo calor y la diversidad de alimañas que se paseaban por el piso y las paredes de las habitaciones. Viendo con asombro las filas de hormigas rojas que se desplazaban por el piso y se comían los desperdicios que caían al suelo. Aturdido, escuchaba los crujidos de hojas secas quebradizas, sufriendo un intenso horadar entre el techo y el sueño en vigilia. Este personaje inglés habría de escribir, como se dijo antes, mucho tiempo después, su inusitada experiencia, en una novela. Narrando toda aquella alucinada irrealidad, el poder del dictador y los problemas con la religión católica. Años después, la publicación, recorrería el mundo entero.

Los últimos viajeros que descendían del barco eran acompañados por cargadores, quienes, sin camisa, mostraban sus músculos membrudos y expresiones aceradas por lo curtido del sol. Estos, solícitos y cobrando unos centavos, les llevaban sus maletas en carretas de madera y ruedas con fajas de hule. Arrastrando con dificultad los pies se dirigían al centro de la ciudad. La turbiedad de las horas se amenizaba con el zumbido de los mosquitos. Se escuchaban las primeras palmadas contra los brazos y las mejillas y, un poco más allá, se oían ladridos de perros y,

más allá, el silencio. Conforme se iban introduciendo a las pequeñas calles, la ciudad se presentía en un vacío inescrutable. Las pocas esferas de luz eléctrica les daban a las calles una palidez de miedo. Las voces escasas dejaban de escucharse. Mientras, las ideas escurrían por el sudor y se tenían que exprimir con el pañuelo rojo que siempre se tenía que llevar entre las manos.

El silencio era un vacío que dejaba una vaporización y un sonido ensordecedor. Se respiraba un olor saturado de frutas verdes, mezclado con finas partículas de diversos aromas. Los tripulantes del barco, El Carmen, se quedaban en su interior. Unos acostados en las hamacas tomando café negro para calmar la sed. Otros, trajinando y limpiando. En tanto que los cocineros, mientras recogían y lavaban los trastos en la cocina, fumaban y cantaban viejas canciones cubanas que escuchaban de un radio de madera, redondas bocinas y con rejillas negras. Desde el muelle, se podían escuchar sus risotadas y estas, por el intenso y húmedo calor, las convertía en espirales por el humo de los cigarrillos. Los alijadores, después de bajar mercancía proveniente de países lejanos e ignorados y, luego, de subir productos locales, cansados, se sentaban en las orillas de los barrancos y el muelle. Se abanicaban los rostros con sombreros. Con pañuelos se secaban el sudor de los brazos y cuellos y dirigiendo sus miradas y atención a las mujeres que por ahí atravesaban, les guiñaban el ojo, les chiflaban o les decían, en voz baja, que eran atractivas y bellas. Algunos, indiferentes, con el torso desnudo, sin camisa y otros

con sucias y manchadas playeras, tomaban gaseosas, cervezas, aguardiente de caña y habanero.

Cruzando la mirada hacia los barrancos del otro lado del río se podían descubrir las ocultas sombras del atardecer. Mientras, gradualmente, la oscuridad se iba posesionando de las horas y envolvía a la ciudad en un aletargamiento de cansancio, melancolía y sueño. Desde el Gran Hotel Palacio, ubicado en lo más alto de la ciudad, apenas se podían distinguir algunos filamentos brillantes de luz fundida con el anochecer. Entre la aproximación de la nebulosidad nocturna, desde lejos, existía la posibilidad de adivinar desfiguradas siluetas de pájaros volando. Más allá, lejos, en las profundidades de la distancia, se dejaban escuchar los cantos de las palomas reales. Mientras las nubes se tornaban grises y blancas eran devoradas por las tinieblas fúnebres. En el imaginario horizonte dejaban de prevalecer las interrogantes sin respuestas. Hacia el norte, todo dejaba de existir para la mirada. El tiempo y su escena de arte y filmográfica de la permanente antigüedad. La emoción oprimía al pecho. Por la oscuridad se creía presentir una sonaja sin ruidos como si fuera el ritmo de movimientos sin compases ni sentido musical.

El fundador y cronista de las emociones de la ciudad, la describía con colores sepias y barnices luchando contra el moho y la severa humedad y los implacables hongos apergaminados en las postales que hoy solo se pueden ver tras un turbio cristal. Este, asistiendo a eventos sociales

que se realizaban en salones y clubes, en salas y recintos familiares, narraba sobre cómo, en esta ciudad, las ideas rumiaban a través de colores embarrados. En ese mismo escenario farragoso, posiblemente, se empezaba a fraguar los primeros trazos modernos para el desarrollo urbano, sin poder separar lo rústico de su antigüedad. Edificándose encima de tierra firme, lomas altas, lagunas ríos y arroyos. Un reciente espectáculo de urbanización que para algunos no era más que la fantasiosa recreación literaria de Sherezada en Las Mil y Una Noches.

A pesar de la distracción que causaba la supuesta urbanización urbana, la antigüedad permanecía anclada en los mercados con gallinas vivas y jadeantes, con los picos abiertos y muertas de sed. Los pavos amarrados de las patas armando siempre escándalo de patios. Todos los animales del monte y del agua tirados en el piso, amontonados, unos sobre otros, arañando, sacando las cabezas de sus conchas, sus ojos cerrados, entreabiertos, abiertos y blancos a punto de perder su frescura natural. El tizne de las carboneras, los vahos de los malos olores del sudor envuelto entre el golpe del destilado de caña y las bocanadas de humo esparcido por el aire. La gente humilde, proveniente de distintas comunidades, sin conocimiento de que algo novedoso ocurría en la ciudad y en las orillas del río y el muelle, se conducía como en los viejos tiempos porque, en su mente, el tiempo era el mismo que desde niño las había influenciado y, este, nunca dejaría de ser lo que era.

La atenta mirada y la narrativa se enlazaban y captaban la composición humana, las paredes, las voces, los ruidos, la oscuridad, la luz, los días y las noches y los silencios. Atrayendo hacía su atención aquel cortejo fúnebre, a las doce del día, atravesando las calles, seguido por una fila de sombras negras, en un prolongado caminar lento, paso a paso, regulado por la época, como si no se deseara caminar. La cautelosa y lúgubre escenografía daba la impresión de que deseaba que la ciudad observara, desde las puertas y ventanas abiertas, la muerte como parte de la consumación de un tiempo. De cómo el mundo se deshacía frente a los ojos. Una vez más, como tantas veces, desde sus orígenes, la ciudad se vaporizaba con la emanación del aire, la amargura y el llanto. Emitiendo, para quienes creían verse entre en el ataúd, ligeros sonidos como provenientes de una invisible bóveda celeste. Un zumbido en los oídos de algo que revoloteaba por las calles de la ciudad. Una vibración mercurial que agitaba las ideas de la cabeza. Imaginar la marcha de un tiempo sin reloj. El lúgubre cortejo, frente a la mirada, haciendo sentir el acelerado pulso y la sangre corriendo precipitadamente por todas venas, la cabeza y el corazón. La pereza de las tardes y sus últimas horas flotando en el aire para evocar y describir la magnitud de la muerte. Conforme se aleja el cortejo fúnebre, y poco a poco, se pierde de vista, se dejan caer pesadas gotas de agua que como canicas ruedan encima de los tejados, hasta después de la medianoche y, por último, allá por la madrugada, continúan cayendo más gotas de agua en las cubetas

de zinc del patio y que, al día siguiente, se recogerán para lavarse las lágrimas de los ojos y la cara.

Al dejar de navegar el barco, El Carmen, se vaporizaron los colores deslucidos de la ciudad antigua. A pesar del tiempo recorrido, no dejaron de prevalecer los sentimientos nostálgicos. Los recuerdos cedieron paso a las ideas escritas. Al arte. A la ilustración, narrando estos hechos que, al parecer, por los tantos años transcurridos, son relatos que se conservan solo en la imaginación de ilustres escritores. Por sus descripciones y a la narrativa de hechos prodigiosos aún se pueden mirar las fumarolas de embarcaciones de vapor y máquinas modernas que surcaron con dignidad los siete mares y los ríos del Grijalva, como fueron, el Usumacinta: El Pizá, Usumacinta, Lisboa, Sánchez Mármol, junio, Leviatán, Ruiz Cano, Bandala, Coconito, Solito Bolón y Tulia, entre otros. Según los mencionaría de memoria, nostálgico y con cierta tristeza, Jesús Ezequiel de Dios, sentado atrás de su escritorio en un cuarto pequeño, en camiseta, sudando, jadeando, remarcando sus gestikulaciones de niño que comete una picardía. Entre respiro y respiro, soltando las palabras, siseándolas y alisándose los cabellos de las sienes con sus dos manos pequeñas y gruesas.

Pedro Ocampo Ramírez hablaría y escribiría sobre estos barcos y las penosas dificultades que habría que sortear para sobrevivir a ellos, compartiéndolas en una oca-

sión con su hermano Antonio Ocampo y el Chato Pedrero, Manuel Pérez Merino y Jesús López Denis. Durante uno de estos enigmáticos viajes, recordaría, muchos años después, Chucho López Denis, escucharon, por primera vez, ahí reunidos, acostados sobre sacos de arroz, maíz y frijol, tomando tragos de cerveza caliente, la canción Camino de Frontera, una de las mejores melodías de Pérez Merino. Entonces más que soñar la vida se soñaba flotando en las aguas del río, percibiendo, por la brisa, el aroma de un verde limpio y puro, proveniente de la selva conjurada.



3

EL TIEMPO PASA Y SE DETIENE

En el pasado no dejará de ser pasado, y éste, ya no tan remoto, sino actual, pero como aquel tiempo, Tiempo es presente y futuro. En esta ciudad permanecerá por siempre su atmósfera sofocante y teñida de sol. Pero, el haber transcurrido tantos años y transformando su realidad urbana, se generó, sin haberse precavido, una nueva y contraria narrativa. El aire del río se desvió hacia otro horizonte. Por un acto inesperado y tan de repente, sin que nadie lo percibiera, el tiempo se actualizó cantando y luciendo una atractiva fisonomía de actualidad. El hallazgo del oro verde vino a convulsionar a la ciudad y ocasionado una gran explosión en el ánimo abatido de la mayoría de los habitantes.

A partir de entonces todo lo que brillaba en la ciudad era verde de color ópalo con sus múltiples colores. Semejante a un alucinante pasaje bíblico aparecieron personajes

típicos llevando sobrenombres. En su mayoría, instalando tiendas y almacenes con nombres y apellidos de sus propietarios españoles, italianos, franceses y libaneses. A partir de esa alucinada innovación de ficción y cristalería, se organizaron los primeros eventos sociales asombrosos que se realizaron en el Teatro Merino para celebrar acontecimientos patrios. Para este fin, se presentaron artistas rovenientes de ultramar, atraídos por la riqueza escandalosa del oro verde. Continuas coronaciones de mujeres que por su belleza merecían ser elegidas reinas de la ciudad. Y sucedía lo mismo en el Casino Español, fundado por nostálgicos gachupines, donde también se disponían eventos suntuosos y en ocasiones reuniones imprevistas para practicar juegos de azar.

De modo que, después de tantos años de antigüedad, se inventaba la vida social y cultural, mezclando la convivencia civilizada con la agresividad prehistórica, buscando la condescendencia de nuevas y finas maneras con lo ordinario en una atmósfera nociva. Se sacrificaban las horas lozanas por un casimir de céfiro inglés y camisa de seda cruda, bailando al ritmo de Nueva Orleans como el onestep y el dixieland. El Chotís y el Cuplé de España. El vals de Viena. El charlestón, swing, jazz, danzones cubanos, blues, porros, panameños y, en los últimos días de la antigüedad, sorpresivamente, aún se dejaron escuchar melodías provenientes del centro del país a través de ondas electromagnéticas, mientras en los salones del Gran Casino o el Café del Portal se disfrutaba la música de Gonzalo Curiel,

Agustín Lara, Guty Cárdenas, Ricardo Palmerín y Manuel Pérez Merino.

Las canciones que se cantaban en los lavaderos, en las hamacas bajo las sombras de los tamarindos, eran las de Joaquín Pardavé, como Varita de Nardo, La Panchita, Bésame en la Boca y No Hagas Llorar a esa Mujer. La antiquísima Ramona, canción vals de la película del mismo nombre. La Orquesta Típica Mexicana de Lerdo de Tejada se anidó en el sentimiento del lejano trópico con el Pajarillo Barranqueño. Allá en el Rancho Grande y Nunca de Guty Cárdenas. Lo mismo se escuchó las voces del Trío Arnica Ascensio a los oídos del río Grijalva con Limoncito, Ojos Tabasqueños y Soy Virgencita. La cubana, Rita Montaner, endulzaba los corazones ardientes con ¡Ay! Mama Inés y El Manicero. Los cubanos llenaron de otro sabor a la ciudad con las canciones de Loca Pasión, Parece que va a Llover, El Bobo de la Yuca y La Cocaleca. Pedro Infante se iniciaba como cantante y llegaba con su voz quedita, anónima y provinciana, con la melodía, Te Estoy Queriendo, acompañada por una orquesta que le imprimía a la canción un llanto triste y dulzón. Juan Arvizu, con su voz de extrema melancolía, hizo popular Adiós Nicanor y Muñequita de Oro. La película y la canción Santa de Agustín Lara. La música de mariachi aun sin utilizar las trompetas, puro violín y guitarrón, también se vino entre los aguaceros y grandes calores con La Negra, Eres la Más Consentida y Las Abajeñas.

Durante los recitales culturales los corazones se llenaban de amor nacionalista con Suave Patria de Ramón López Velarde. Que, por cierto, cada fin de año, se recordaba y recitaba de memoria el Brindis del Bohemio de Guillermo Prieto Fierro. Haciendo llorar a las madres con hijos ausentes, obligando a repetir las dosis de alcohol para soportar las lágrimas. Los enamorados y sus promesas con Sonatina de Rubén Darío. Ante esta nueva variedad de sentimientos musicales y de voces cálidas se disipaban los ánimos en las yertas horas de las noches con tragos de coñac, cervezas heladas, aguas de limón y guanábana, en tanto se buscaba la ruta de la luna como si se estuviera navegando en alta mar. La misma falsa costumbre de siempre, querer escapar dentro de la misma imaginación y conocer aquellas voces y sus instrumentos que parecían más lejanos que las estrellas en el cielo.

Aún con muchos rezagos de antigüedad, la ciudad descubrió su propia novedad y se hizo ciudad actualizada y se generó una exitosa vida de ajenos ruidos y colores, aromas de perfumes y jabones importados. Llegó a cantar de otro modo sus amores, medio murmurando y recitando versos. Silbaba canciones y se bailaba música extranjera para darse una distinción particular, contrarrestando la antigua soledad y nostalgia que ha permanecido por años en cada rincón y en cada esquina de la ciudad.

Se dispuso de un augusto teatro muy particular, edificado con armaduras de hierro y maderas ordinarias, re-

gias lunetas y palcos con numerosísimas luces artificiales, espejos venecianos. Donde no solamente se organizaban aquí eventos sociales, sino también se presentaban malabaristas, saltimbanquis, acróbatas, magos provenientes de otras latitudes y hasta boxeadores de extracción popular. Así como tantas otras extravagancias que venían cargando los barcos y transbordadores del otro lado del mundo. Se establecieron peluquerías que ofrecían cortes europeos y aplicaban lociones de aromas extravagantes. Billares y otros centros de juegos de azar para dilapidar las jugosas ganancias del oro verde.

Con todo ese escandaloso movimiento en la ciudad apaciguada se cayó en la cuenta de que el teatro Merino podía convertirse en una auténtica réplica de los grandes teatros de México. Construido en una ciudad de juguetería daba una magnífica expresión de grandeza. Tanto así que sus propietarios entusiasmados llegaron a contratar compañías de zarzuelas, óperas que no se sabe por qué razones, de este clima de hechizo y brujería, desaparecieron de la noche a la mañana de los escenarios. Así como tantos otros eventos culturales y musicales que con el correr de los años, un nostálgico del siglo pasado, en un estado de recuerdos casi en cenizas y delirios seniles, con sus llenos ojos de tinieblas, describiría estos acontecimientos como los más importantes que hayan ocurrido en el terreno de las artes de aquellos años incipientes.

En 1910 se dispuso el Teatro Merino para conmemorar el Centenario de la Independencia. Fue otro de los momentos que hicieron suspirar a la sociedad al grado de creer que la modernidad se había aposentado por siempre en las antiguas calles de la ciudad con sus más sorprendentes artificios. El teatro fue decorado con notable y mágica creatividad, según narraría el periodista Juan Vidal León en su periódico *El Universal*. El salón resplandecía con la luz de mil lámparas incandescentes, tricolores y alineadas en el arco de la escena, subiendo por todos los contornos de las columnas o siguiendo las molduras del cielo raso que formaban estrellas de formas caprichosas, derramando irradiaciones que llegaron a superar a la luz del sol. Merced al torrente que despedían cuatro focos de arco colocados en las cuatro esquinas del plafond.

El salón que fue formado en el local de las lunetas, cuyo piso se niveló, presentaba un aspecto fascinador que no podría pluma alguna describir. Del techo, pendían festones de tul blanco, adornados de guirnaldas de rosas entremezcladas con bombillas de luz eléctrica. En cada una de las columnas de los palcos, simétricos y elegantes espejos venecianos multiplicaban la luz y las imágenes. A cada lado de los espejos, esbeltas columnas blancas sustentando macetones de Sévres con plantas y flores primorosas. De los barandales de los palcos pendían formando cortinajes las banderas mexicana y española entrelazadas, ostentando águilas mexicanas y escudos reales. Debajo de la puerta de entrada se destacaba la figura del Gran Libertador.

Al majestuoso evento, asistieron las mujeres más bellas y lucieron vestidos de tul blanco, adornados de guirnaldas y rosas haciendo juego fantástico con toda aquella decoración tan espléndida nunca más repetida. En toda esta atmósfera encerrada y agria con la mezcla de tanto aroma importado, también los hombres hicieron presencia con sus finos trajes y modelos bien cortados por sastres de la localidad profesionalmente documentados. En este acto sin precedente se pronunciaron discursos políticos recordando a los héroes de la Independencia. Se leyeron largos poemas y una orquesta numerosa interpretó los vales vieneses y mexicanos de moda. Las crónicas describirían este acontecimiento como soberbio y apoteósico, concluyendo a las cuatro de la madrugada con una nutrida salva de taponazos y champagne, iniciándose así otras tantas nuevas ilusiones.

Estas festividades no sólo hicieron estimular y agitar a los asistentes al teatro Merino, sino a toda la gente de la ciudad. Las autoridades dispusieron desde bailes populares, desfiles de carros alegóricos con mujeres vestidas de pájaros multicolores y reproducciones de carabelas que simulaban la llegada de los españoles, que descubrían con entusiasmo una vez más el gran río, hasta competencias deportivas en la laguna de las ilusiones. Finalmente, después de tantas explosiones de luces, el teatro Merino, se convertiría en el cine Principal, hasta que, por una cuestión de insólita profecía, se incendió hasta quedar en ce-

nizas. Habría que recurrir a un clarividente y saber si fue una profecía de que nunca más, esta ciudad, sería la más moderna del mundo. Condenada a sufrir por siempre el trago amargo de la melancolía y descifrando de que fué todo aquello que sucedió. Si lo moderno se hizo presente en aquél palacio y el viejo caserón, qué fenómeno lo sepultó, ¿una predestinación?

El cine había llegado mucho antes a San Juan Bautista, aquel bíblico personaje, San Juan Baustista, precursor de Jesús y profeta. Tal vez por el significado espiritual, ajeno a la realidad, le despojaron el San Juan. En fin, a través de un vapor proveniente de la ciudad de México, descendieron los Lumière para difundir los cinematógrafos como una maravilla de la ciencia, exhibiendo los actos oficiales de Porfirio Díaz. Maniobras de los diferentes cuerpos del ejército, cargas de caballerías y de lanceros, por todo el territorio nacional. El cine resultó, por aquellos días, un acontecimiento que la gente vio como un espectáculo malféfico de premodernidad ficciosa y de remoto origen insospechado, producto, se rumoraba, por las emanaciones del oro verde.

A pesar de la habladuría, en 1897, William Taylor Casanova, anunció las primeras funciones de cine en la ciudad con gritones en las calles y estratégicas plazas públicas y mercados. Incluso, hasta los barrancos del río, donde estaban las carboneras y frente a la llegada de los barcos que a contracorriente atracaban en el muelle, provenientes del

puerto de Frontera y de la zona contraria, hacia grandes ríos. Exhibieron, a través del cinematógrafo, las imágenes en rapidísimos movimientos y con la reproducción de ruidos de láminas semejando a los truenos durante las tormentas, y los aguaceros, con cubetazos o palabras como diálogos de una cursi historia repetida, una y otra vez. Se improvisó una especie de galera acondicionada para tal ocasión. La gente vio aquellas imágenes como una especie de brujería ocasional y fascinante.

A pesar de los malos presagios, se estableció el primer cine club junto a la cantina de la Portilla. Un lugar de encierro y con filtraciones de pálida luz y oscuridad, escuchándose el recio borbotar de los aguaceros y soportando, fastidiosamente, que, por las coladeras en el techo, caían grandes chorros de agua, teniéndose que recoger en baldes y tinas de láminas. Tenía asientos de madera, espantadores para murciélagos y respiraderos al cielo que expulsaban los malos olores de sudores rancios. Los transeúntes y toda la gente acostumbrada a pasearse por Plaza Principal, el parque Juárez y otras calles cercanas, presentían con claridad sorprendente, los rechinidos del cinematógrafo y hasta la eufonía de las imágenes en silencio.

Sugestionados, después de haber asistido a las nocturnas funciones cinematográficas, muchos, iban a sus casas tarareando la música de la orquesta que amenizaba las funciones donde, el respetado Everardo Arauz, tocaba la flauta. Hasta que, en una ocasión, cuando todavía entraba

la noche la ciudad, se alarmaron, al escuchar canciones, gritos y susurros saliendo de aquellas salas de hornos y acudieron sobresaltados para averiguar el origen de los encajonados disparos y explosiones. Que no eran más que películas del Oeste y vaqueros.

Más tarde, los ingenuos cinéfilos, aun con el azoro en los ojos y entre una oscuridad barnizada por la tenue luz de la pantalla, aprendían a besar de otro modo. Tentarse y acariciarse los cuerpos como eróticamente lo hacían los actores de las películas. Además de poder disfrutar a otras realidades de bellezas oropeles cas. Allá por los años de 1921, se crearía en la ciudad el primer cineclub del país y la publicación ilustrada, Revista Cinema.

Ante la nueva verosimilitud se recreó regocijantemente el Casino Tabasqueño con amplios ventanales, grandes espejos, tocadores de mármol, candiles de imitación clásica, el piso de caoba lustrada con el mejor barniz. Elegantes cortinas de terciopelo, sillones negros de bejuco, ventiladores con aspas de madera, pasillos y salón para platicar y bailar. Un bar y espacio suficiente para que las orquestas interpretaran con mayor fidelidad las melodías de entonces. Quienes no tenían la oportunidad de asistir al casino, podían escuchar aquel cadencioso y clandestino rumor desde cualquier distancia de la ciudad, pues entonces el silencio era tanto que se llevaba los ruidos hasta cualquier punto sin la menor discreción.

Se apostaron tiendas y abarrotes donde se expendían extensos surtidos de conservas finas, licores, aceites de oliva puro, aceitunas, galletitas en envases elegantes, pastas catalanas, almendras, frutas en su jugo y cristalizadas, turrone y jaleas. Sin faltar, desde luego, los puros “La Hermosura”, elaborados con el mejor tabaco de Huimanguillo, el cual más tarde sería saboreado por Winston Churchill, quien afirmaría, a través de una carta, que le envió a sus fabricantes, que no había probado nunca puro tan exquisito como éste de un trópico tan alejado del mundo y pidió, con propiedad inglesa, se le continuaran enviando los artesanales puros que dejaron de producirse, igual que todo aquello que provenía de la modernidad, sin explicación alguna.

La ciudad se siguió nutriendo de comercios con artículos y productos de ultramar que verdaderamente sorprendía a la población acostumbrada a maneras aldeanas y primitivas. Nunca nadie antes, se había percatado, que en esta ciudad podían ocurrir tantos milagros como para poder adquirir con facilidad accesorios para motores marinos, regios muebles de Viena y zapatos americanos. Clases exclusivas de inglés, pintura y música. Álgebra y latín. Aceites de semillas de algodón. Máquinas de escribir Underwood. Fonógrafos Mestrófono. Trapiches y semejantes. A tal grado que existía un pintor que garantizaba el parecido perfecto de las personas. Además, entre todo este prodigio, había una casa que ofrecía al público la más afamada máquina de coser, Fin de Siglo.

Tampoco faltaron las Boticas que vendían las afamadas píldoras Ferruginosas, reconstituyentes y remedio eficaz y seguro contra la anemia, clorosis, inapetencia, debilidad general y enfermedades similares. Además, para celebración de los habitantes, el famoso elixir antiviperino, Ofidina, de Australia, remedio infalible contra las mordeduras de culebras venenosas. El que, por su celebrada ciencia y patente, tenía el privilegio exclusivo otorgado por el supremo gobierno de la Nación. Se instalaron, no se sabe cómo, los comerciantes y comisionistas, importadores y exportadores que compraban cueros frescos, salados y secos dulces. Incluyendo pieles de venado, cueros de lagartos, plumas de garzas. Hule y chicle. Para los trovadores y compositores, guitarras españolas fabricadas con pegamento especial para vencer la humedad y las inclemencias del trópico, así como las cuerdas negras, que todo mundo las conocía por su larga duración.

Como era obligado en una ciudad de comercio y tantos negocios más, se estableció una sucursal del Banco Nacional de México. También una sucursal de Canals y Colom, gran cantina y Billares, contiguo al Teatro Merino. El Cañón, Juan Piza & Comp, gran almacén y tienda de abarrotes nacionales y extranjeros. M. Berreteaga & Co, único depósito del famoso habanero añejo Berreteaga. La Ciudad de México, gran almacén de ropa y novedades y representante exclusivo para el estado de Tabasco, (nuestra ciudad) el calzado marca Estrella. Instituto Hispano Tabasqueño donde se impartían clases de álgebra y latín, contando con

escogidos y competentes profesores, atreviéndose a garantizar el adelanto del alumno y su aprobación a fin de año. Romano y Cía. Sucesores, agentes de la Compañía mexicana de Navegación, S.A. Waters Pierce Oil Company, refinadores de Petróleo, incorporada bajo las leyes del estado de Missouri. G. Benito y Cía. Sucs, representante exclusiva de fabricantes ingleses de maquinaria, motores de petróleo, gasolina y gas pobre por succión, trapiches y semejantes. Elías Karan, pintor, graduado en la Academia de San Lucas, Roma, Italia. Juan Ferrer & S. en C., ventas al por mayor y menor.

El Clavo, agentes exclusivos para el estado y departamento de Pichucalco, molinos para mixtamal, marca, La Nixtamalera. Botica y droguería La Palma, despacho de recetas atendido con todo esmero a toda hora del día y de la noche por personal serio y competente. Esta casa importaba sus artículos directamente de las mejores casas productoras de Europa y Estados Unidos, por lo cual podía garantizar al público la calidad inmejorable de los mismos. Galería fotográfica de M. de la Flor, establecida en 1884, premiada en varias exposiciones. Única en el estado, montada con todos los adelantos modernos y poseía una planta eléctrica propia para sus trabajos, ofreciendo, entonces al público, retratos de tamaño natural. Harbur & Stack, comerciantes comisionistas, importadores y exportadores con oficina principal en 27 de Ferry Street, Nueva York. Sin faltar la agencia musical de Eskildsen & Ferrer que vendía pianos. Instrumentos y accesorios de música,

gramófonos y discos Columbia, máquinas de escribir Olivier. Bicicletas Pierce. Estufa de leña para cocina de varios tamaños. Para asombro de muchos, relojes de pared para las oficinas. Además de mesas y cajas de hierro de seguridad contra incendio.

El Puerto de Cádiz de M. Suárez y Hno, gran almacén de ropa y novedades, siempre recordando a su distinguida clientela que tenían infinitas clases de telas y casimires, camisas de Luisina con cuellos de diversos modelos para caballero. Paletós para señoras y corsés de última moda para señoritas. Además de un inmenso surtido de cintas de seda de todos los colores Liverti y Luisina, pañuelos ingleses, chalecos de fantasía, calcetines y paraguas para caballeros y niños. Llamaba, especialmente la atención, sobre todo, el variado surtido de chales de seda, velos para novia y coronas de azahar. Por su parte, El Puerto de Veracruz, almacén de calzado y talabartería, tenía un extenso surtido de calzado americano, mallorquín y del país. Juguetes importados de los principales centros constructores en Europa, desde los más módicos precios, hasta los mejores, para la enseñanza, Copiando, sostenían, fielmente los grandes adelantos de la ciencia moderna como aeroplanos, máquinas de vapor, submarinos. Acorazados de cuerda, vapor y eléctricos, así como ferrocarriles.

También se instaló La Esmeralda, departamento de sombrería con todas las clases y formas para caballeros y niños. J. Vidal Sánchez, ofrecía la harina San Lorenzo. Pro-

metía ser la mejor y que preferían los panaderos, ya que les daba mayor rendimiento por su fuerza excepcional y les aumentaba la clientela porque el pan que producían era muy blanco y superior a cualquier otro elaborado con distintas harinas. La Tabacalera Tabasqueña (de la Región), fabricaba puros y cigarros en máquinas movidas por vapor. También producía los cigarros marcas Tabasqueños (de Grijalva) y Tres Equis. El Gran Hotel de Pánfilo González M, ofrecía cuartos grandes y bien ventilados, especiales para familias con espléndidos baños tibios y de regadera. Y, por último, los grandes almacenes La Suiza que tenía los mejores artículos de lujo y fantasía, sombreros de jipi-japa y fieltro, sedas, cachemiras, listones de adornos, telas de lana, algodón y seda, abanicos, casimires y calzado.

Las calles pequeñas cobraron el aspecto de mayor amplitud y vanidad manifiesta. Fue entonces cuando la anticuada ciudad creyó haber sepultado para siempre su antigüedad, hasta llegar a tener la convicción de que podía ser una ciudad sin calor, sin tanto vergonzoso bochorno, desprovista de los grandes ventanales y puertas, hasta poder prevenir las inundaciones que por tantos años había se habían venido tolerando con resignación y fastidio. Disfrutar los modernos colores adquiridos por medio de telas translúcidas y fulgurantes. Los afeites inverosímiles del otro lado del mundo y los retoques con música y cadencia extranjerizante, le daban a la ciudad, todas las probabilidades para cambiar radicalmente su monotonía etérea y ampliar sus espacios sin caseríos tan uniformes y carentes

de imaginación, con techos de dos aguas, láminas de zinc y tejas criollas y francesas. Las casas antiquísimas de gran altura que aún existían con muchos cuartos y corredores, puertas y ventanas hacia los interiores y exteriores para ver la ciudad a la intemperie y a toda plenitud, deberían ser sustituidas, por casas modernas, espectaculares y bellas, sepultando, para siempre, el abigarrado concepto tropical y su clima agobiante que turbaba la mente y adormecía los deseos del alma, las ilusiones y el cuerpo.

Quienes conocieron los orígenes de aquella ciudad construida por encima de pantanos, ríos y lagunas, sostenían con acertada convicción, que el trópico era una cuestión de extremosa sucesión de acontecimientos y de calendarios irregulares. Asegurando que esta ciudad conservaría, por siempre, lo nocivo de los recuerdos y la antigüedad. La nostalgia y la tristeza aldeana. Su rostro áspero y su expresión enigmática. Además de otros tantos elementos que los hombres, no advertirían jamás. Porque, por razones inexplicables, sería parte de esta configuración accidental. Una fusión de emociones y sentimientos que podían ser desde los más sutiles, hasta violencia y coraje. Pasiones, delirios, desasosiego y desengaños. Incluso, el deseo y la obsesión por dominar y poseer la ciudad a pesar de su intrincada y compleja condición. Amarla y apoderarse de ella como por el impulso de una hechicería que, según algunos, era por causa y producto de la selva.

Hasta se cayó en la idea ridícula de añorar la atmósfera del pasado y los recuerdos. El Tiempo. Para justificar su extraña seducción.

A pesar de estas intrépidas explicaciones de exploraciones enigmáticas, no se evitó el rápido crecimiento y repentino de la ciudad, delimitando su núcleo social y político. Una Plaza, frente al palacio de gobierno, para pasear y dar vueltas por las tardes con un clima tolerante. Durante los días festivos, organizar bailes populares y fastuosos carnavales. Una plaza propicia para la conquista amorosa. Un cine para que, cualquier curioso, conociera los misterios la imagen animada, narrada e imaginada. Un Café para sentarse ahí durante las tardes y, desde ahí, entre amigos, dirigir sus miradas hacia la declinación del día y las primeras horas del anochecer. Un palacio municipal y la iglesia para diferenciar el poder y la gloria. Un museo con la finalidad de contener la historia y su antigua atmósfera. El origen de su carácter materializado en arte y cultura. Que, por razones de estropicios políticos, lo convirtieron en escombros, con la idea iquizofrénica de que, en su lugar, se definiera una ciudad futurista y modernizada.

Aun así, perdurando por siempre, la duda y el desconcierto, de por qué, una ciudad con dentidad propia, San Juan Baustista, como histórica, moderada y soñadora, como si fuera la más horrosa y condenada antigüedad, con odio y coraje, fue sepultada a pico y pala, hasta convertir-

la escombros. Como una maldición o profesías malignas, recurriendo a este mismo acto inconfesable, su identidad urbana original, parques, plazas, centros culturales, también fueron sepultados por el odio y rechazo al Tiempo que a pesar de todo persiste en la memoria y la nostalgia del hombre eterno. En cambio, la ignorancia y la fanfarronada, le borraron de un plumazo de la historia universal y geográfica el nombre que le imprimía pluralidad y libertad de expresión y respeto al espíritu del hombre. En cambio, con letra de vergüenza la bautizaron con un nombre surrealista, incoherente y ajena a su concepción genética terrenal. La despojaron de su tiempo.

En aquellos lejanos años, aún se espolvoreaba el confeti y las serpentinas cuando se organizaban carnavales y se festejaba la seducción con vientos y brisas de actualidad. Pero a pesar de estos simulacros renovadores, la ciudad, no dejaba de conservar su bello aspecto de áspera arquitectura urbana, dispersa y primitiva, corroída y descarapelada por el sol y el agua. Aspectos rústicos que dejaban entrever su triste melancolía como notas destempladas, filtrándose como la humedad hasta los huesos. El hálito que perviviría en una postal más allá de los recuerdos seniles de aquellas generaciones que se quedaron, en los portales, sentadas y tomando los cafés, en una memorable contemplación imprecisa y eterna.

Todo ello no dejó de ser un mal síntoma y una premonición de que esta ciudad guardaría por siempre su ordinaria

antigüedad. El tiempo sólo confirmaría que las ciudades en el trópico no tienen más destino que conservar su deshilvanada estrechez urbana, dispareja, remachada, acartonada y con los suficientes resquicios para la estimulación y multiplicación de la nostalgia. Esas nítidas sombras con velos de imágenes que aparecen y desaparecen dentro del puro sentimiento. Sin encontrarle origen y explicación. Sólo el deseo incontenible de recordarla fragmentada, porque en la mente, un celaje, toda la cubrió.

De ahí que aquella antigua ciudad haya preferido su petrificación fotográfica para perpetuarse y poder imaginarse en las templadas madrugadas. Más allá del tiempo y todas las épocas señaladas en los calendarios rudimentarios y las horas detenidas, ocultando, los acontecimientos de revolcaderos sociales y políticos. Aún, los cantos de los gallos en los solares de árboles solitarios. Ladridos de perros callejeros. Los maullidos de gatos rondando sobre los tejados. Los silbatos de los barcos y los astilleros. Las casas envueltas por el sereno pétreo y sus lloviznas almizcladas y sus clamores pertinaces. Muy a pesar que, corriendo los años, los calores son más asfixiantes y las inundaciones y ocurriendo como fue desde el Diluvio Universal.

4

LAS PREDICCIONES APOCALÍPTICAS

El tiempo que construyó una realidad materializada en el recuerdo, permanece en el presente de la imaginación y los recuerdos. Porque el tiempo, está en la memoria. Es una sensación que sólo la mente conserva con una gran fidelidad sorprendente. Mientras que la mirada que atrae la imagen, le otorga una dimensión indescifrable. El hecho de narrar al pasado produce una sensación de actualidad y renacimiento. Presentirlo como si aún continuara ocurriendo aquellos hechos frente a nuestros ojos. Afloran los acontecimientos que ocurrieron en aquella ciudad desde sus orígenes. La ciudad que fue antes un pueblo, una aldea, enfrentó las grandes inundaciones con fortaleza, recio carácter y aceptando que nunca habría ningún modo para impedir las. Mucho menos confiar en los pronósticos de antiguos astrolabios que durante tiempos remotos podían predecir con exactitud el fenómeno y el transcurso de los astros. Incluso, prevenir el Diluvio con mucha an-

ticipación, por lo que los habitantes tuvieron que utilizar su agudo sentido común para dilucidar que esta ciudad siempre se “iría al agua”, sin tener que utilizar cálculos astrológicos ni métodos adivinatorios. Aun cuando el Todo Poderoso, prometió que nunca más ocurriría otro Diluvio Universal para destruir la tierra y hacer renacer la tierra.

Como desde sus remotos orígenes de los tiempos, en los años de 1929 y los subsiguientes, las inundaciones llegarían otra vez hasta el pie del palacio de la plaza y a las cercanas lomas de Esquipula y sus alrededores. Nuevamente las lanchas y cayucos navegarían hasta los mercados y las plazas. Avanzaban por portales y corredores y, a veces, hasta las salas de las casas y comercios, como si entonces en la ciudad, se estuvieran reconvirtiendo las cuatro estaciones anuales. Pegaban con poderosa fuerza los vientos del norte. Por las noches se alucinaba con la posibilidad de una catástrofe por el inmenso mar de aguas que se desbordaban por toda la ciudad sin poder discernir el tamaño de sus consecuencias.

Los eternos soles se nublaban por las turbulencias del temporal. Mientras que las gallinas, patos, pijijes y pescados de todas las especies, como desde el principio de la creación, aparecían nadando en las cocinas y en las plazas públicas picando gusanos. Devorando millones de minúsculas sardinas que traían arrastrando entre sus aguas y los jacintales.

Las culebras no sólo atravesaban la ciudad, sino que se enrollaban en las ramas de árboles de los patios. Las nahuyacas que medían hasta tres metros se anidaban bajo las camas y, en los tapancos, tragándose de un sólo bocado las gallinas, también a los patos, pavos y hasta huevos de los propios animales domésticos. Amenazando, incluso, a cualquier persona con morderlas. De no ser descubiertas antes y poder matarlas a machetazos, hasta convertirlas en pedacitos.

Por las calles de las lomas atravesarían corriendo los venados, tigrillos, armadillos. Volando entre vientos turbulentos y las negruras de los cielos, las garzas y pájaros multicolores. Finalmente, la selva recobraba sus apocalípticos orígenes con extremada expresión descomunal. Mientras la ciudad asomaba, otra vez, su aspecto de ciudad sumisa y pálida. Las grandes corrientes de agua arrastraban con todas sus fuerzas los días habituales de sol y sombras, dejando a su paso la premonición del renacimiento de un nuevo mundo que con los años no sería más que un lugar propicio para los sueños y las meditaciones melancólicas. Mientras, en realidad al tiempo y los recuerdos, aquellas poderosas inundaciones nunca dejaron de ser motivo de tantas especulaciones y narraciones alejadas de toda realidad. Sin pretender pensar que esta ciudad, nunca dejaría de ser, hasta el fin de los tiempos, propensa para los arrebatos y caprichos del cielo.

Durante las épocas en que la ciudad sufría las inclemencias de las crecientes no era más que las rememoraciones del génesis. Los cielos azules y límpios, por los nubarrones recargados, similar a las masas alcochonadas y tan negras como las carboneras, eran enlutados por la espesura del agua y los remolinos huracanados. Sin dejar de conjeturar sobre el posible anuncio de Dios de crear una nueva configuración celestial. En los meses de octubre y noviembre las tempestades invertían al cielo, semejando un juego de espejos con imágenes azogantes, y la ciudad se sumergía en una gigantesca inundación.

La conmoción climática era una cuestión de vientos encontrados que azotaban los días y las noches hasta convertirlos en una luminiscencia cegadora. Giraban los grandes torbellinos y los mares de agua corrían precipitadas por las calles de la ciudad. Los truenos retumbaban como tambores bíblicos. Los rayos, los relámpagos y sus fulminantes hojas filosas de luz desgarraban los cielos por tajos y dejaban los ojos lampareados. Un aturdimiento como pelota rebotando entre la cabeza y un zumbido de trompo en los oídos. Fuertes palpitaciones en el corazón y el Ave María Purísima, entre los labios.

Las chispas eléctricas en el cielo eran el previo aviso de nuevos truenos que cimbraban hasta el centro de la tierra. Por las ventanas se veían las refulgencias de los efectos estremecedores. Existía la impresión que los explosivos

truenos podrían derribar los cielos. Mientras los vientos del norte azotaban con mayor fuerza. Se desplomaba la lluvia y caía con un impresionante espesor sobre las casas a tal grado que había que arrodillarse y persignarse. El drama del hombre con la naturaleza se repetía una vez más con ímpetus devastadores ante una ciudad de viejos tiempos que, por su origen y costumbre, conservaba su fortaleza de experiencia indomable. Escuchándose los bramidos tempestuosos como si fueran provenientes, no del cielo, sino de las épocas más oscuras del mundo.

El río Grijalva y sus cotidianos rebullicios se arremolinaban con las otras grandes aguas hasta convertir a toda aquella lejanía en un mar insondable en el oscuro horizonte, sin poder saber a ciencia cierta, hacia dónde quedaban los cuatro puntos cardinales. Adivinando, eso sí, con gran intuición tropical, que las fuertes corrientes guiarían a cualquiera a zonas de mayores desastres, hasta desembocar al mar. El muelle, los barrancos, los playones y los pantanos se los tragaban las profundidades. Los barcos, barcazas, transbordadores y cayucos se anclaban y el huracán los levantaba entre grandes marejadas, sumergiéndolos y sacándolos a flote, aventándolos de un lado para otro.

En aquellas remotas épocas de diluvios tropicales los ciclones lanzaban bramidos y mugidos como dragones de fábulas medievales. Había quienes se tapaban de pies a cabeza y cuando se dormían, escuchaban, sin embargo, misteriosas quejumbres de las gruesas gotas de aguas que se

desparramaban en los traspatios. Afuera de las casas y las calles obscurecidas no se escuchaba más que el cielo deshaciéndose por los fuertes torbellinos, arrancando láminas y tejados de barro y lanzándolos al espacio entre latigazos de rayos cegadores. Los estallidos de los truenos apagaban de golpe aquellas horas que apenas se iluminaban con quinqué, velas de cebo, candiles y focos, manteniéndose en baja densidad por la falta de fuerza eléctrica, hasta que un rayo dimensional dejaba a obscuras en definitiva a toda la ciudad.

Los habitantes tomaban todas las prevenciones convencionales. En los tapancos se subía la leña, el carbón, carne salada de res y de puerco, el maíz, el frijol, los animales domésticos, el fogón, las hamacas y los petates. Desde ahí se podía ver el curso de las aguas y escuchar sus aflicciones por salir de aquella ciudad a través de sus laberínticas calles y sus callejones. Por el diluvio bíblico, el comercio se obligaba a cerrar. Los mercados flotaban encima de los cayucos. Los portales eran canales por donde la corriente encontraba mayor vitalidad de cauce.

En las casas, por muy cerradas que estuvieran sus puertas y ventanas, se filtraban los sibilantes vientos de agua que humedecían las sábanas, las paredes, chirriando por todas las habitaciones, despidiendo olores de pantanos y deshechos de animales en putrefacción. Hojas tropicales, flores y frutas descompuestas. El descomunal temporal obligaba a la gente a permanecer cerca de los fogones en-

cendidos con carbón y leña de tinto, calentando y recalentando el café, bebiendo, a sorbos pausados, el chocolate espumoso batido con molinillo para engrosar su espesura. Mordiendo en pedacitos el pan dulce o la tortilla. Carne con frijoles negros, mientras se clavaba la vista en el techo en un pleno adivinar de qué estaría ocurriendo en la ciudad entre el agua. Y días más tarde, aún entre charcos de agua, repeler las nubes de mosquitos que no dejaban dormir ni descansar en paz. Sin dejar de tener en las manos abanicos, encender basura y hojas seca y esparcir el humo en los patios y dentro de las casas. Una condenación. Después, por la epidemia del paludismo, había que fumigar la ciudad.

En tanto que en las grandes casas de reciente arquitectura y de familias de amplios recursos, el ajetreo era menor y las despensas de extraordinaria calidad eran las suficientes para pasar las semanas de mal tiempo y dedicar las horas a repasar deudas, listas de nuevos productos de importación. Revisar las bodegas de medicamentos contra infecciones respiratorias, sabañones, parasitarias, paludismo, y todo el alimento posible que sería adquirido tan pronto bajara la creciente por la mayoría de la población.

Los propietarios de almacenes seleccionaban las telas para la temporada por venir, poniendo mucha atención a sus trajes de lino y sombreros de fieltro. Agregando, para los enormes roperos de caoba o cedro, la mayor cantidad de naftalina para protegerlos de la polilla, moho y malos olores. Los poquísimos intelectuales se apresuraban para

escribir prosas y versos y leían en voz alta sus brevísimas composiciones. En tanto redactaban, con mayor esmero, los discursos políticos del gobernador e inflamaban con mayor fervor los conceptos patrios y el humanismo desmedido del dictador.

Los bohemios rasgaban las cuerdas de sus guitarras y con una voz dormida repasaban una y otra vez su único repertorio. Mientras las madres les contaban a sus hijos cuentos llenos de fantasías de duendes, príncipes en caballos alados, reinas encantadas, niños obedientes y bondadosos premiados por Dios para que conocieran el paraíso, los milagros de Cristo en la tierra, hechiceras destruidas en grandes fogatas. El fin del mundo y el descenso, anunciado desde hace siglos, de ángeles que vendrían a revivir a los muertos que habían creído en la resurrección.

Escampaba hasta que la ciudad se había ido a pique y quedaba sólo una ligera llovizna menuda y pertinaz. El cielo se iba destiñendo y empezaba ser atravesado por grandes bandadas de pájaros de todas las especies que anunciaban con sus parloteos el final del mal tiempo. Prorrumpían de las nubes como de un encantamiento fugaz y que luego se disipaban ante las últimas ráfagas del norte. Las gallinas salían de sus nidos y empezaban a picar el maíz podrido, comiéndose las lombrices de tierra que abundaban por los patios y en los jardines. Los gallos se revolcaban entre los gallineros llenos de pluma y volvían a cantar a la misma hora de siempre. Desde las grandes puertas y altas ven-

tananas se veía a la ciudad más envejecida, corroída, deslavada y envuelta en una escasa bruma entre el cielo y las aguas todavía en plena ebullición. Era entonces cuando se renovaba la actividad doméstica y comercial con grandes dificultades.

La atmósfera en la ciudad quedaba pesadamente húmeda con rancios olores saturados y en una especie de absoluto abandono y desamparo. El cielo todavía gris, azul y plomizo, ahondaba espectralmente el fin de las torrenciales lluvias y pronosticaba largos meses de epidemias y enfermedades tropicales. Mientras que la navegación marítima y de río llegaba hasta los patios de las casas. Los mercados, los parques, las iglesias, el Hotel Palacio y el Regis, los cines y los portales, La Vega de la Portilla y el comercio en general, no dejaban de permanecer entre el agua. Solo se podían tener comunicación por medio de embarcaciones que recorrían numerosamente la ciudad, introduciéndose en salas, cocinas y corredores solo para dejar o llevar alimento de un lado a otro, medicinas, ropa o, simplemente, recados de gente que anunciaba que guardaban su buen estado de salud o de otras que sufrían padecimientos graves de congestiones respiratorias, infecciones gastrointestinales o reumas repentinas. Si tuviera en sus manos una fotografía vería las escenas captadas y tendría una idea de la conformación de la vida en esta ciudad, desde los siglos de los siglos, y cosmogonía de la primera ciudad que se conformó en el mundo.

No era hasta que bajaban las aguas cuando los vehículos y los tranvías empezaban a circular, entre profundos lodazales, por las calles y los fotógrafos lograban excelentes escenografías que nunca antes habían imaginado. La flotación de la materialidad y la gente con expresión de extrañeza, veía el balancear las embarcaciones como si fueran escenas cinematográficas y no en la tierra del eterno olvido. Obreros y campesinos remando y permitiendo que las aguas los fueran conduciendo de acuerdo a la gravedad de la corriente.

*¿De dónde pudieron salir tantos personajes míticos y extraños
como cayucos, lanchas y barcazas?*

La ciudad, la que, por aquel entonces, mucho antes, se vió cercana al cielo y las estrellas, por la vía láctea hacia el profeta San Juan Bautista, dentro de este escenario, se trasmutaba en una ciudad de ilusiones y sueños extraviados. Nada parecía real ni posible que alguna vez pudo haber existido. De no ser porque el tiempo todo lo apelmaza en los recuerdos, seguramente hoy, sería un tema de incuestionables fantasías o de pasajes venerables no referidos en las proféticas palabras de los sibilinos.

Mujeres sentadas en cayucos vistiendo con elegancia, luciendo alegremente sus peinados exquisitos y llevando sombrillas sobre las cabezas. Hombres con sombreros de

fieltro y trajes de casimir posando para la cámara frente a la puerta de una casa. Un almacén, despachando a la clientela entre los cayucos. Casas, ofreciendo artículos fotográficos. Farmacias y sus propietarios caminando entre las aguas y con sus subidos pantalones hasta la rodilla. Mientras otros, disfrutando los lastres del diluvio, apoyados a un antiguo automóvil.

Niños pescando por las calles del centro y no sólo sardinas, sino hasta hermosas mojarras, que resultaba una algarabía infantil. Después de todo, parecía que la ciudad había recobrado su espíritu bullicioso. Los olores macilentos flotaban entre el mosquitero y la implacable humedad que se filtraba hasta los huesos. Aunque el sol con un suave resplandor plañidero permitía disfrutar los primeros días del año. Días frescos con madrugadas claras. Elevándose una agradable evaporación difuminada por una tierna y nueva luz ambigua después del temporal.

5

ALGO DE TÍ DEBIÓ HABER QUEDADO ALLÁ

Anosotros nos tocó caminar las calles de la ciudad con una aparente novedad y, tal vez, más iluminada y colorida. La veíamos como sobre una pantalla con imágenes que se movían como parte de una película en blanco y negro. Para nuestras fantasías juveniles y por nuestras constantes incursiones al cine, creíamos ver a la ciudad como un escenario con personajes y acciones cinematográficas. Teníamos la sensación que la vida transcurría sin aflicción y despreocupada, entre lo anecdótico, el drama y la ambigüedad. Sin más prisa que llegar a casa y dormir la siesta del mediodía. Poniendo atención a los chismorreos como una costumbre natural de entretenimiento y desahogo para fantasear el sentido real de lo que hacían o hablaban las personas.

Naturalmente, los encuentros casuales en las esquinas, plazas, cine, salones de bailes, reuniones familiares y, donde, a veces, las pasiones se encendían o se expresaban en manifestaciones callejeras. Los amores cursis sucediéndose en puertas y ventanas entreabiertas y otros, prohibidos y de escándalo público. Para nuestra curiosidad, resultaban ser los actos centrales de un melodrama radiofónico. Después, con mejores técnicas, las disfrutábamos en el cine Tropical. Alcanzábamos a pensar que la gente en las calles de la ciudad actuaba similar a los personajes que la daban vida a las historias que disfrutábamos en las películas. Las personas, según caminaban, se ensombrecían o refulgían de acuerdo a los tajos de luz y sombras por donde atravesaban.

Aún con la intensa iluminación solar, las sombras continuaban siendo el paisaje inanimado que le daba a las calles un raro espejismo que mirábamos con con incrédula atención. Cuando alguien venía caminando en medio de alguna calle, desde lejos, era una sombra pequeñita, y cuando estaba cerca de nosotros, era un cuerpo con manchas de luz y un rostro deshaciéndose en sudor. Seguidamente, conforme se iba alejando, su presencia, se desproporcionaba por una sombra que atrás lo seguía. Nosotros como estábamos parados, sin movernos, nuestra sombra la pisábamos y formaba un círculo, bajo de nuestros pies. Cuando giraba el personaje hacia una esquina nos quedábamos con la impresión de haber visto un fantasma, porque allá, los reflejos del sol, ofrecían una luz más poderosa y todo lo hacía

invisible. Sin preguntarnos nunca, si corriendo el tiempo y los años, podrían continuar ocurriendo estas fulguraciones inoptizantes, las que seguramente, eran propias de nuestra imaginación y fantasía de adolescentes.

Con frecuencia, mirábamos hacia todos lados y algunas calles estaban desiertas y solitarias, mientras que, en otras, se veía venir un automóvil o el momento cuando una mujer iba tomada del brazo de un hombre. Había horas del día en que las sombras de las casas se extendían sobre las pavimentadas calles y se desplazaban de tal manera que nos entreteníamos por la uniformidad de sus figuras, pues nos hacía pensar que por encima de la ciudad material existían fantasmas y, tal vez, elementos para no dejar escapar la ilusión.

A veces teníamos la convicción que estos efectos sobrenaturales servían aun a los habitantes como reloj de sol, aun cuando ya existían los relojes de pulso y pared. Principalmente, permaneciendo, el eterno reloj y sus campanas, frente al palacio de gobierno y Plaza de Armas. Que, por resistir a la antigüedad, llegó a convertirse en objeto de admiración prodigiosa, ya que desde que fue instalado, era la referencia remota de cómo se marcaba las horas exactas, pues los silbatazos de los astilleros, no se sabe cuándo ni cómo, dejaron de anunciar las horas cuando desaparecieron los barcos.

Aunque en ocasiones, aun en nuestros días, la gente veía las sombras para confirmar las horas, tal vez como una costumbre heredada, la cual resultaba también un modo sencillo de continuar teniendo contacto con el pasado. Observábamos cómo nuestros padres, guiándose por el desplazamiento del sol que penetraba por puertas y ventanas, podían adivinar las horas. Sólo cuando existía mal tiempo y las negras nubes no dejaban pasar la luz y había que asomarse a las calles o los patios y mirando hacia todos lados, principalmente al cielo nublado, se hacían interrogaciones de qué horas son. Aunque de no ser por tantas configuraciones de fábulas no hubiéramos mirado, con tanta atención y éxtasis, aquellas figuras fulgurantes, salpicadas por las sombras, melancólicas, caminando por las calles, dándonos la impresión de que buscaban algunos misteriosos secretos. Investigando, según nuestra imaginación, a tientas, el origen de las contrariedades del tiempo y la coloración de la nostalgia y sus consecuencias.

Lo atractivo para nosotros era el centro de la ciudad con sus pocas calles adoquinadas y una variedad de anuncios lumínicos comerciales que decían novedades. Nos reproducíamos en las vitrinas de las papelerías, las mercerías, los almacenes y las farmacias. Las peluquerías, donde nos dormíamos frente al espejo cuando íbamos a cortarnos el cabello y percibíamos aquel olor de lociones verdes y amarillas que nos untaban en el cuello, quemándonos la piel con vil alcohol. Los billares, los salones de baile, los cafés, los cines y desde luego las mancebías, casas de citas noc-

turas, ubicadas en lugares discretos y callejones lejanos y oscuros, tan frecuentadas y conocidas como las mujeres santas. Entonces se decía que eran las más hermosas y sin prejuicio alguno. Sus labios eran carnosos y azucarados, besaban como las estrellas del cine y sus carnes despedían perfumes de flores aromatizadas con el bálsamo de las caricias.

Para saciar su curiosidad y reprimidos deseos había que tener edad, de lo contrario, ante una tentación irreflexiva por espiarlas, se corría el riesgo de quedar bizco. Cuando nos sentábamos por las tardes en las bancas de Plaza de Armas, la embriaguez de las horas, nos producía la corazonada que aún prevalecían algunas rachas de añejos sentimientos y nostalgias. Sospecha que nos producían los restos de fachadas descrapereladas y aún con sus paredes sin respallar. La intención de una catedral gótica y en su lugar, un tejaban. Los callejones que conforme transcurrían los años, no eran más que una señal del eterno olvido. A no ser por el entusiasmo que nos despertaban las mujeres que atravesaban la plaza con pasos tan candenciosos y suaves, nos dejábamos llevar por las absurdas cavilaciones. Mujeres que, en aquellos tiempos, caminaban al ritmo de un cha, cha, chá, con suave y romántico como aquel,

Ya lo Sabía:

*Yo lo sabía, que un día tú me dirías,
que soy el hombre que tu querías,*

no sé por qué.

Yo lo sabía, que un día tú me dirías...

... cual, si fueran pisando alfombras de pétalos de flores figuradas, fingiendo no sufrir la caldera con aire hirviendo de las cinco de la tarde. Todavía cuando descendían hacia las calles hacía abajo y hacia arriba, no dejaban de ponerle ritmo a sus caderas. Así nos llenábamos las pupilas de escenarios embriagadores y que nos inducían constantemente asistir al cine Tropical. Éste, que lucía una fachada propia para hacernos creer que todo lo que existía en su interior estaba sonorizado y coloreado por sueños que nosotros deseábamos soñar.

Cuando nos asomábamos a través de las rejillas de madera y tratábamos de meter nuestras cabezas entre sus rendijas para ver las carteleras, nuestros ojos, repasaban con sumo deleite los titulares y carteles de las películas de estreno y las fotografías de los actores en blanco y negro. En uno de ellos, el actor besaba a la actriz con los ojos cerrados. Él, con el cabello revuelto, la camisa desabrochada y la actriz luciendo un delicado peinado, suave y sedoso, con los hombros descubiertos y pechos sobresalientes. Abajo del cartel había un anuncio escrito con letras a tinta negra: Sólo para adultos. Hasta entonces caíamos en la cuenta que existían extraños secretos en el cine que no podían ver los niños. Y pensar en ello nos excitaba tanto como si en verdad viviéramos y disfrutábamos el tema cinematográfico anunciado, porque nuestra imaginación era mucha.

En otro cartel de western, figuraba el rostro ladeado de un vaquero texano, con sombrero de alas anchas, un pañuelo amarrado en el cuello y largas puntas, sonrisa sobria, expresión adusta, recargada sobre su hombro izquierdo una bella mujer de cabellos largos, mirándole el rostro y sonriéndole con discreta dulzura. Fuera del marco de la fotografía, dos revólveres en su cinto y sus balas enfundadas en forma de círculo. Al fondo, una extensa pradera, un sol rojo: Propia para adolescentes, niños y adultos. En el cartel de enfrente, el actor, con su sombrero de charro. El mechón en la frente y una expresión fanfarrona cuando cantaba una canción. Bigotes finamente recortados, ojos con un expresión de alegría de fiesta de campo y un gallo entre las manos.

Al margen de la fotografía, un palenque y dos gallos en plena pelea. Plumas en el aire y, alrededor, un conjunto de mariachis y adornos con papel china de colores. Ese día se estrenaba y se anunciaba que habría doble función. El último cartel mostraba la fotografía de Tin Tan. Se veía tirado en el piso de un salón de baile recostado de un lado, con su elegante traje de pachuco, sombrero con una pluma atrás. Apoyaba su cabeza con su brazo derecho. Ofrecía una sonrisa de oreja a oreja y con sus grandes ojos lanzando miradas de cómico atarantado. En la misma posición, contrariamente a la del cómico, una vedette con traje de bailarina, mostrando sus desnudas piernas redondas y ex-

citantes, sus bien formados senos y descubierta la cintura. Atrás, una banda de músicos y un escenario de ficción. Un anuncio, abajo decía: No se la pierda. Apta para toda la familia.

Entonces el cine fue para nosotros el entretenimiento que más nos llenó de sueños al hacernos sentir personas de mayor edad. Por el mismo motivo, creíamos poder realizar todas aquellas hazañas, a veces en sueños y, en otras ocasiones, jugando en terreno baldíos y con muchos árboles y tupidos arbustos, atrás de nuestras casas a muchachos y bandidos, repitiendo, desastrosamente, los actos que realizaban nuestros héroes favoritos en las películas. Éramos los más aguerridos soldados de la Segunda Guerra Mundial que se enfrentaban a los nazis y los vencíamos a gritos y con rifles de palos. El Llanero Solitario, montando, imaginariamente, su veloz caballo blanco, Silver, siguiendo a los apaches. Tarzán, el Hombre Mono, que al subirse a los árboles y colgándose en las lianas de plantas parasitarias, las cuales no resistían peso alguno, salía raspado y con dolores por todo el cuerpo ante el duro golpe que recibía cuando caía al suelo, haciendo un ruido seco como de sapo. ¡Qué sopapo! Gritábamos a carcajadas.

Los más diestros y rapidísimos pistoleros del viejo oeste con armas de plástico. También solíamos ser charros y cantantes que enamorábamos a la mujer más bonita del pueblo, sin dejar fuera de nuestras aventuras de Simbad el Marino, El Vampiro. El Santo, El Enmascarado de Plata,

que su mítica leyenda trascendió más allá de los juegos infantiles, el cual dejaría para siempre impresionado a Jorge Lamoyi, quien contaría años más tarde todo lo que ocurría en la sala del cine Tropical cuando exhibían las películas del enmascarado. Consignaba que los niños lo cuidaban tanto desde la seguridad de sus butacas y nunca vacilaban en advertirle, en los mil y un peligro que lo acechaba, a toda voz, ¡Cuidado Santo! Expresando siempre su nostálgica franqueza cuando el cine Tropical fue demolido para construir una mole como edificio público. Sin dejar de recordar todavía aquella oscuridad de fantasía que estaba llena de murciélagos. Así como los lamparazos del sol que se recibía a la una de la tarde cuando salía la chamacada de la matiné cada domingo, y que algunos, por recomendaciones de los padres, se ponían un pañuelo en la boca para que no se fueran a constipar.

Todas esas reproducciones de la técnica cinematográfica nos ocultaron las antiguas imágenes, de las que tanto se habló, como aquellas sobre el muelle, los barcos y, principalmente, la del río Grijalva (río) que transcurría, a veces caudaloso, y, en otras, con baja y tranquila corriente. Todo aquel trajín que ocurría en este lugar. Sólo nos imaginamos la antigua y lejana fulgurancia de bajas nubes durante los amaneceres y la coloración atmosférica de los ocasos.

Cuando nos hablaban de la ciudad antigua pensábamos que era tan antigua que no merecía más que adentrarnos en su historia, sin que una imagen de siglos anteriores,

nos causara una agridulce melancolía o nostalgia por aquello que nunca observamos cómo deben hacerlo, quienes, teniendo frente a sus ojos cada imagen impresa, aún sienten cierto malestar en el pecho. Nosotros no teníamos motivos para imaginarla de otro modo, menos cuando, en aquellos días, nos paseábamos por los portales y nos atraían las novedades en los aparadores. Nos entreteníamos, durante los mediodías o por las tardes, asistiendo a los billares, observar las magistrales jugadas y escuchar los golpes de las bolas de diversos colores. Encima, un círculo, donde tenía impreso un número. El mingo, nos llamaba más la atención sobre las mesas de paños verdes, mientras percibíamos el penetrante olor a tiza que se le untaban en la suela a los tacos de billar.

Ahí nos sentábamos en las sillas largas de madera para admirar las diestras jugadas que hacían aquellos personajes, los cuales, ante nuestros ojos, eran espectaculares. Mientras, sin quitar nuestras miradas a cada una de las jugadas, bebíamos gaseosas y los jugadores, bebían cervezas y, al apuntar su taco hacia la bola elegida, dejaban sus botellas sobre los bordes de las mesas. Oíamos los golpes secos y certeros de los tacos contra aquellas bolas que se deslizaban por las barandas de caucho, cayendo exactamente en la tronera que el jugador, con precisión, había elegido.

Por las noches, ya pocas veces, vimos el cielo estrellado, porque la ciudad estaba iluminada con focos colocados en los postes que estaban ubicados en cada esquina en

las principales calles, parques y plazas públicas. Además, aparte de los candiles, había luz eléctrica que cada habitante acostumbró a colocar focos en la fachada de sus casas y encima de los marcos de las puertas. La explosiva aureola de luz atraía el zumbido de mosquitos y otros bichos que se arremolinaban en cada concentración de luz.

Aquel silencio se agitaba con el ruido giratorio de los nuevos ventiladores de mesa y de techo, que, al ir caminado por las calles, se podían escuchar. A veces, confundidos con los ronquidos de la gente que dormía confiadamente, al no tener que despertar sobresaltados por amenazadores temporales y sufrir grandes inundaciones que causaran grandes desastres. Por los repentinos chubascos y aguaceros en los meses de noviembre y diciembre, se dormía envuelto en sábanas blancas olorosas a hojas de limón y rechinidos de hamacas. Sin pensar en actos que despertaran apetitos artificiosos, alentando ideas equivocadas, esperanzas y fantasías, las que, en épocas remotas, fueron las causantes que los habitantes de la ciudad padecieran desilusiones y dolorosas zozobras. Pensamientos confundidos sobre una prometedor moderna que, finalmente, nunca llegaría, sino hasta que aquella se convirtiera en antigüedad, fuera sepultada y se borrada para siempre por la atmósfera de innovación y otras tantas novedades.

En los últimos tiempos, los acontecimientos en una ciudad de actualidad, consistían en ver nuevas calles pa-

vimentadas, ampliación de líneas de luz eléctrica, casetas telefónicas, para comunicarse con familiares a cualquier parte del país. Presumir un paseo en taxis de base, último modelo, que se tardaba más en subirse que en bajarse. Almacenes, anunciando productos netamente nacionales y a precios populares. Los bailes-tardeadas, cada domingo, en el Parque Tomás Garrido Canabal, donde la alta temperatura, vibraba con la música y los cuerpos, bañados en sudor, les provocaba el excitante deseo de posesión corporal y una mayor y extraordinaria sensibilidad sentimental.

La Sociedad de Artesanos, un espacio exclusivo para sentir que la vida y la alegría requerían compartirse entre risa y música. Salón Estrella, donde al ritmo del baile, provocado por la Marimba Orquesta Venus, compuesta por tres saxofones, dos trompetas, un contrabajo, tres marimbistas, una batería y la voz del tenor Alberto Medel, generaban una afebrada oleada de conquistas y declaraciones de amores improvisados, todos, ocasionados por el bendito calor que terminaban en las esquinas oscuras y callejones sin salida.

Lo mismo ocurría en el Club Bugambilia y el Club de Leones. Desde la mañana hasta altas horas de la noche se escuchaban las transmisiones de la XEW, La Voz de la América Latina. Principalmente, La Hora Nacional, que tenía como introducción El Huapango de Moncayo, el cual nos exaltaba el naciente espíritu nacionalista, llenándonos de un sentimentalismo incommovible.

La programación extensa de música popular mexicana que daba a conocer las mejores voces de México con sus compositores. Haciendo llorar y reír con las radionovelas que se programaban entonces en horas estratégicas para que nadie se perdiera los capítulos de historias donde la villanía y el amor se enfrentaban descarnadamente. Aunque pocos podían presumir, entonces, la propiedad de un fonógrafo o tocadiscos y consolas para tocar discos de pasta de 78, 33 y 45 revoluciones por minuto y larga duración en fundas de cartón, diseñadas con dibujos y fotografías a todo color de los cantantes.

Entonces la ciudad ya no fue para nosotros la búsqueda de novedades más que aquella que se nos trasmitía como por casualidad y destino. Tampoco, nunca, tuvimos el interés de descubrir algo más de lo que veíamos y disfrutábamos. Porque todo nos parecía ser lo más moderno, necesario y extraordinario que ofrecía el mundo civilizado y desarrollado. Eso nos hizo no pensar ni poner atención, como aquí se escribe, sobre descolorido, oculto rumor del eterno y viejo caserío, sin particularidades ni identidad. Si bien para algunos, en su nostalgia, aún conserva su rostro aldeano y aspecto de abandono total. Pero que para quienes reflexionan sobre ese pasado, son imágenes valiosas y elementos propios de una ciudad con historia, digna de narrar y escribir, cantar y poetizar.

Igualmente, nunca jamás tuvimos la tentación o la idea

de tener frente a nuestros ojos y las manos productos de importación y vestirnos con trajes de casimires nacionales o ingleses para asistir a fiestas en salones de infierno. Tampoco nos distrajimos y alzamos la mirada para ver las parvadas de pájaros que atravesaban el cielo de la ciudad, y que según se dijo, se anidaban en las nubes. Pero lo llegamos suponer, porque nunca sabíamos ni intentábamos averiguar, de dónde salían. El fenómeno natural, jamás nos llevó a imaginar la misteriosa ficción que, en aquellas épocas, anunciaban los extraños vaticinios. Aunque, continuaron sucediendo hasta muchos después, sin compararlos con los revelados años atrás, escuchándose los habituales cantos de los gallos en las madrugadas, provenientes de los patios y de otros lugares lejanos a la ciudad.

Aquella ciudad había dejado atrás su estrecho contacto con los caminos reales y las casas de campo, en tanto que el río Grijalva dejó de causar admiración y escenario ideal para inspirar canciones de cursilería. En cambio, los habitantes aún se despertaban con los clamores de lecheros que ofrecían leche pura de vaca, montados en sus caballos y sus dos lecheras de láminas galvanizadas en las ancas de las bestias, y una de cada lado. Y el ambulante proveniente de todas las rancharías, aún desde las penumbras de las madrugadas, recorriendo la ciudad vendiendo también a gritos, longaniza y los productos de agua dulce y del campo. Saliendo, por puertas y ventanas, soñolientos muchos de sus habitantes, a comprar un poco de todo para ajustar el desayuno con gustos tradicionales.

Por las ventanas, podíamos ver y distraernos, aún con el sopor, las lluvias repentinas, chubascos y los grandes aguaceros, que no dejaban ser eso, aguaceros para no salir de casa y tomar café con pan y tortilla. Escuchar la radio y las oraciones de nuestras madres. Un privilegio de la ciudad: ver llover desde las ventanas. Y, desde ahí, cegándonos por los relámpagos y los rayos que estallaban durante toda la noche. Los truenos reventando los oídos. Sin que entonces presintiéramos las pregonadas predicciones. Acontecimientos que decían profetizar, una y otra vez, otra gran inundación. Ignorando que, en cualquier momento, una y otra vez, hasta el fin de los tiempos, la ciudad se iría al agua y, que la gran inundación, ésta, llegaría hasta las plazas, los portales, mercados y, por desgracia, tener nuevamente recorrerlos con barcos y cayucos. Estas ideas o supuestas predicciones, para muchos absurdas, como las tormentas y sus consecuencias, en cambio, nos transportaban a las aventuras y fantasías de Simbad el Marino y otra vez, una vez más, ignorando la repetición de los ciclos atmosféricos, asistíamos indiferentes a la matiné de los domingos en el cine Tropical. El único lugar para viajar entre la fantasía y los sueños. Enriqueciendo nuestros poderes imaginativos dentro de la sala oscura, barnizada e iluminada con los claroscuros de los proyectores.

Mientras que algunas cartomancianas, a quienes acudían a ellas para conocer la fidelidad amorosa, su futuro y destino, les confirmaban por pura intuición natural, de que

esta ciudad siempre se irá al agua y que, muy a pesar de estas profesías, se podría disfrutar, como desde sus remotos orígenes, las grandes inundaciones y escuchar la radio y comer pan y tortilla con café negro, sin leche, y con azúcar, meciéndose en las hamacas y chapaleando el agua con los pies desnudos. Por las noches dormirse plácidamente con la repercusión de la lluvia sobre el tejado y la ventolera sacudiendo puertas y ventanas. Mientras que los chorros de agua derramándose por los caedizos y lo amortiguado del viento, adormecían a los desvelados.

En cambio, nosotros, entonces, no nos imaginábamos que aquellos sucesos nos iban a llevar a conservar antiguos relatos que hoy se dicen ser parte de Miradas Cruzadas y que entonces, jamás presentimos. Una evocación que ahora se describe manchada, percutida, salpicada y surrealista. Empero a pesar de la descripción, hoy, nos resulta difícil pensar que tengamos en la mente y nuestras miradas la coloración de aquellas épocas remotas y su realidad. Al correr del tiempo y los años y leyendo una y otra vez estos relatos, suponemos que la melancolía no tendrá coloración alguna. Será, más bien, un sentimiento incierto de que algo quedó allá, un hogar, un no se sabe qué, atrapado en el tiempo. Un sueño, una sonrisa, un beso. Un perfume. El calor de un cuerpo. Un algo. No se sabe, qué. Pero algo de todo ésto, eso que ahora se le llama, reminiscencia.

Aunque si alguien vivió o creyó sentir esta sensación emocional, nunca nadie, sobre todo, la nueva generación,

han de pensar que nada del pasado, aún los sucesos más relevantes ocurridos en la vida, pueden producir eso que siempre dicen y escriben que se llama tristeza –nostalgia. No por imprudencia, ignorancia, sino porque hasta en los mismos archivos, bibliotecas y museos que pudieron conservar aquellas huellas de la antigüedad, las han borrado y hasta convertido en cenizas. En polvo. Quizás, por salud, para evitar las dolencias del alma.

Por otra parte, cuando nosotros nos detenemos y observamos alguna de las imágenes de aquellos remotos años, leemos un libro o periódico que anunciaba en 1910, el Aniversario de la Independencia, sí sentimos una rara picazón interna. O cuando vemos atravesar la calle, con cabellos canos y muchos de edad, a la maestra de civismo. Cuando dirigíamos las miradas hacia las antiguas, casas y establecimientos demolidos nos invade una misteriosa tristeza. Sin poder explicarnos si aún existen o no las familias que las habitaron o si los comerciantes y empresarios fueron víctimas de la bancarrota o decidieron abandonar la ciudad. Nos llama mucho la atención y hasta nos cosquillea el cuerpo cuando pensamos en aquel escenario urbano y en los personajes, tal vez por la nostalgia, nos imaginamos que alguien, algunos de ellos, aún continúan moviéndose acostumbrados en aquellos sus años con sus horas y sus días. Sus antiguos y novedosos automóviles. Observando atentos a la salida y su puesta de sol y su luna asomándose entre nubes azulinas. Su río y sus barcazas y cayucos. Sus nubes anunciando una tempestad. Contentos

con la animación y la algarabía que aún permanecen en el muelle.

Esta misma nostalgia todavía no hace sospechar que la ciudad de aquellos siglos que aquí fantaseamos, aún sigue tan igual, soportando con resignación los temporales y las grandes inundaciones y los calores infernales. A menudo, muy dentro, advirtiendo en nuestro interior un fugaz sentimiento romántico, tal vez heredado por nuestras familias, abuelos y bisabuelos, amigos abatidos y sobrevivientes. Que a veces por nuestra mucha ilusión, aún deseamos poder ver el nebuloso retorno de los barcos y sus sombras desplazándose sobre las aguas del río y que, seguramente, algunos de ellos, pudiera traer en su carga, finalmente, de modo sorpresivo, el Anuncio del Antiguo Testamento: La oración hacia la vida eterna y volver al principio de todo. El bienaventurado mensaje de que la nostalgia es un feliz sentimiento y no amargo como muchos creen sentir. Aunque en el fondo, hay que aceptar, que esta emoción nos inquieta al ver que todo a nuestro alrededor, poco a poco, se va transformando y que todo aquello que tanto nos atrajo y llamó la atención, se va sepultando por la voracidad del tiempo. Considerando, desde luego, lo que una vez dijo un laureado escritor, “Te lo entrego no para que recuerdes el tiempo, sino para que de vez en cuando lo olvides durante un instante y no agotes tus fuerzas intentando someterlo...”.

No olvidar las imágenes materiales, personajes y aspectos urbanos que una vez nos causaron alegría, llanto y dolor. Que disfrutamos y que nunca, por más que lo intentemos, vamos poder olvidar a la bella joven que nos cautivó y que, al vernos en sus ojos, por vez primera, pensamos que el amor, era verdad, sí existía. Con los pantalones y zapatos rotos y metiéndonos al agua para cruzar las calles y las carreras para no llegar tarde a la escuela, sin faltar las tardes y domingos al cine y bolearnos los zapatos en la plaza. Luego disfrutar el carnaval y dando vueltas y vueltas a la plaza para distinguir a las bellas y jóvenes muchachas.

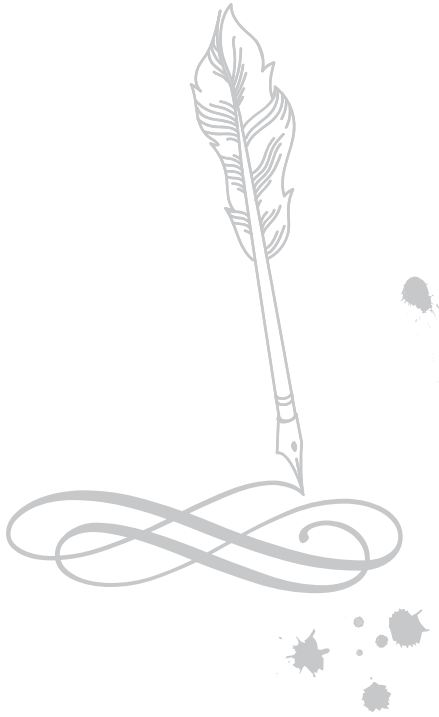
Tal vez más tarde, la nostalgia o los recuerdos, serán asuntos sin mayor contenido manifiesto en los recursos de la memoria y en el estado de ánimo de cada habitante, porque la ciudad será una antigüedad conservada en libros cuidadosamente resguardados en recintos de cristalería, similares a catedrales góticas, como la Catedral de Chartres construida cerca de París, descrita por Stefan Zweig, en donde para contrarrestar la tristeza oprimente de su opaca luz, colocaron cristalerías policromas en los vanos de las ventanas, para que filtrasen la luz del sol con todos los colores y conservasen aquí también, en la penumbra, un halo de santidad a la policromía de la vida.

Hasta entonces, cuando esta ciudad haya trascendido a la antigüedad, su origen y logrado la modernidad, cera tan palpable que la nostalgia y las reminiscencias perma-

necerán sólo en cada individuo como el único vínculo sentimental y con algunos recuerdos recuperados. El íntimo deseo de volver a los sueños de las navegaciones insospechadas, ya que la inspiración y los orígenes de la ciudad, deberán de quedar aquí conservados en cada uno de estos relatos. Como un ejemplo de que el Tempo conservará por siempre su resonancia eterna, sin embargo, entretelado con estas ideas y reflexiones alucinadas. Y, por supuesto, el Tiempo, dejará de ser un suceso atifcioso que alguna vez conmovió la mente y oprimió el corazón por la desilusión y el desamor.

*Mientras, sin que exista una exacta y científica explicación,
la nostalgia siempre, más allá del Tiempo, causará dolores en el
pecho y lágrimas en los ojos.*

Trastornarnos con sensaciones que, a pesar de la sabiduría y la experiencia adquirida con los años, algo que dejamos allá, lo vamos a extrañar. Principalmente ahora, sin poder explicarnos, por qué nos aprieta el corazón. Que también, alguna vez, en total soledad y en secreto, respirando profundo y echando la mente a volar, nos hagamos la misma interrogante de por qué, al pensar en Ella, a la mujer que vi por primera vez en el muelle, hoy, al recordarla, me produce una profunda tristeza.





Lic. Guillermo Narváez Osorio
Rector

Dr. Luis Manuel Hernández Govea
Secretario de Servicios Académicos

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Mtro. Fredys Pérez Ruiz
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de editar el 19 de junio de 2025 en Villahermosa, Tabasco, México. Impreso en Grama Studio SA de CV. Morelos 2, La Trinidad, Texcoco, Estado de México. Con un tiraje de 500 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”

La capacidad de la mirada, observación del tiempo, como el recuerdo, genera muchos sentimientos. Desde la nostalgia hasta la recreación de la mente sobre el pasado, el presente y el futuro. Todo aquello que es parte de la motivación del hombre a través de su recorrido por su región y el mundo. En este caso, *Miradas Cruzadas*, es un punto de referencia sobre un lugar alejado de un país que se fue desarrollando y, a la vez, produciendo ilustraciones y fantasías literarias. Dejando testimonio, en este largo proceso, hechos reales e imaginarios que pueden ser tal vez una idea totalmente absurda. Acontecimientos materiales y naturales que, como sucede en el mundo, son hechos y sucesos que atraen la atención y a la mirada. Atrapan a la memoria y producen emociones desconocidas. La tierra y la vida del hombre. Los retos de sobrevivencia ante los eventos climáticos. Los prodigiosos viajes por mar y lagunas de barcos y cayucos. Las agobiantes horas. Cielos con nubes apocalípticas y sol recalcitrante. Noches sin luna ni estrellas. Los sueños y los desvelos. La soledad sofocada por una atmósfera asfixiante. Todo es imaginario.



C O L E C C I Ó N

MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

Narrativa y Estudios Literarios